



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Programa de Maestría y Doctorado en Letras

Facultad de Filosofía y Letras

Instituto de Investigaciones Filológicas

LUCRECIO: UNA POÉTICA DE LA LIBERACIÓN

TESIS

Que para optar por el grado de:

Maestro en Letras (Clásicas)

PRESENTA:

Ulises Bravo López

TUTOR:

Dr. José Molina Ayala
IIF.-UNAM

México, D.F., Diciembre 2014



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Para Araceli y Lyliá, con admiración, cariño y respeto

AGRADECIMIENTOS

La confección de este trabajo no se debe al esfuerzo solamente de quien escribe estas líneas. Fueron muchas las personas que, a lo largo de más de dos años colaboraron, con su paciencia, con su inteligencia y con su oído atento a que, lo que en principio fue un monólogo disperso e inconexo, se transformara en un diálogo fluido y coherente.

Agradezco, en primer lugar, a toda mi familia el apoyo incondicional, la confianza y el amor que me brindaron en este pedregoso camino de la escritura: gracias Araceli, Lyliá, Luis, Arturo, Josefina, Servando y Paulina. Debo a ustedes lo que soy.

Gracias Daniela por tu amor, tu compromiso, tu paciencia, tu compañía, por las miradas cómplices, por todo.

A mis amigos que, aunque pocos, verdaderos, les agradezco también las noches y los días, las risas, los abrazos, la certeza de su presencia: gracias Rodrigo, Baruch, Rafael, Bernardo, Alexandra, Franco, Abdel, Luigio.

Un agradecimiento especial merecen los lectores de este trabajo sin cuyo conocimiento y erudición estas páginas serían poco menos que un intento de oración: gracias al Dr. José Molina, que fungió como tutor de este proyecto. Gracias también al Dr. Bernardo Berruecos cuyas agudas y puntuales observaciones dieron coherencia y dirección a este trabajo. Gracias al Mtro. Rodrigo Figueroa por su imperecedera disposición al intercambio de ideas que fue lo que dio cuerpo y sustancia a esta investigación. Gracias a la Mtra. Lourdes Santiago, amiga también, por su atenta lectura y sus atinadas correcciones. Gracias, en fin, a la Mtra. Giuditta Cavalletti por su generosidad y sus oportunos consejos.

Por último, agradezco al Programa de Posgrado en Letras de la UNAM que hizo posible la realización de este trabajo.

ÍNDICE

Agradecimientos.....	3
Introducción.....	5
Cap. 1. Lucrecio y la literatura romana	11
1.1. Contexto histórico	
1.2. Lucrecio y sus contemporáneos	
1.3. Cicerón	
1.4. Catulo	
1.5. La vida de Lucrecio	
Cap. 2. Lucrecio y la poesía didáctica.....	35
2. 1. Modelos y antecedentes griegos	
2.2. Desarrollos romanos	
2. 3.Lucrecio y la didáctica filosófica	
2. 4. Compendio de la obra	
Cap. 3. Lucrecio: una poética de la liberación	53
3.1 Epicuro y la poesía	
3.2. <i>De rerum natura</i> : una poética de la liberación	
Conclusiones.....	89
Bibliografía.....	93

Introducción

*Hoc lege, quod possit dicere vita 'Meum est'
Non hic Centauros, non Gorgonas Harpiasque
Invenies: hominem pagina nostra sapit.
Mart. 10, 4, 9.*

En esta investigación me propongo tratar el ejercicio poético de Lucrecio y la íntima relación que éste guarda con la doctrina filosófica expuesta en su obra *De rerum natura*. Al hacerlo intento no sólo entender el pensamiento del autor y de su tiempo sino, sobre todo, intento explicarme las motivaciones que llevaron al poeta romano a tratar de conciliar lo que parecería irreconciliable, si nos atenemos a la visión más ortodoxa del epicureísmo: la poesía y la filosofía. Esta reacción contra la *paideia* tradicional por parte de Epicuro responde a una actitud de su programa filosófico, con el cual pretendía que los hombres alcanzaran la felicidad y, en consecuencia, la sabiduría. En este sentido, la poesía, y fundamentalmente la poesía mitológica,¹ generaba, en opinión del filósofo ateniense, una suerte de predisposición mental y anímica al temor religioso, lo que implicaba, en pocas palabras, la infelicidad del hombre y la sumisión a una serie de presupuestos que no tenían una base racional.

Sin embargo, el hecho de que un fiel seguidor del epicureísmo como Lucrecio haya decidido, en clara oposición al mandato de su maestro, exponer, en hexámetros épicos, la filosofía epicúrea, no puede ser explicado, desde mi punto de vista, arguyendo sólo a una necesidad meramente ornamental y de eficiencia divulgativa. En mi opinión, la elección de

¹ Bowra, 1968, p. 43: “[...] Aunque la literatura griega desempeñe su cometido de múltiples maneras, su último designio es por lo general éste, y esto explica que en gran parte de su atención no se centre en los dioses o en los hombres de un modo exclusivo, sino en unos y otros conjuntamente, en las interrelaciones que tienen en un universo que es único. Aunque parte de ella es esencialmente sacra, y otra parte, profana, por lo general es a la vez lo uno y lo otro, con lo que ganan ambos aspectos [...] Incluso cuando se ocupa fundamentalmente de los dioses, las acciones de éstos se ejecutan con frecuencia en la tierra y su comportamiento es el que cabe esperar de seres cuya diferencia con los hombres tan sólo estriba en su poder infinitamente superior y su intachable seguridad.”

Lucrecio rebasa estos dos hechos y pone de manifiesto el papel preponderante de la poesía, que se niega a aparecer como mero vehículo de la filosofía, sino que, a la par de ésta, se presenta como un elemento clarificador y liberador.

No es, desde luego, novedosa la utilización lucreciana de la forma poética para la transmisión de una filosofía. Dos de los más grandes filósofos de la antigüedad, como lo son Parménides y Empédocles, utilizaron la poesía para plasmar sus disquisiciones filosóficas sobre los orígenes del ser y de la realidad que los rodeaba. Es a partir, quizá, del conocimiento de las obras de estos dos autores que Lucrecio fue dando forma a su poema filosófico.² Y no resulta nada raro que un autor romano del s. I a. C. abrevara de manera tan consciente de las obras de la antigüedad griega, pues el influjo del mundo heleno penetró hasta la médula del pueblo romano que, muy a su manera, supo tomar lo que más le servía de la literatura griega y, así, darle vida a una literatura propia, en la que se veían reflejadas todas las inquietudes de un pueblo heredero y renovador de una cultura que, a pesar de sus crisis, se negaba a sucumbir.

Desde luego que el planteamiento central de esta tesis, a saber, el carácter liberador de la poesía lucreciana, y su aplicación consciente al carácter liberador de la filosofía epicúrea, son por completo subjetivos y aventurados, pues es de todos sabido que la tradición filosófica y filológica, salvo contadas excepciones, han afirmado, con argumentos sólidos unas veces y otras no tanto, que la poesía de Lucrecio responde sólo a un afán didáctico y de divulgación, que es un asunto meramente secundario y que nada tiene para contribuir al desarrollo de la filosofía epicúrea. Yo, sin embargo, asumiendo el riesgo, me

² En efecto, Lucrecio exalta la poesía de Empédocles aunque rechaza su contenido filosófico (I, 716-829), mientras que, aún sin mencionar a Parménides, hace alusión al contenido de su obra, al debatir la inviabilidad de ver en el 'vacío' la 'nada', es decir, algo que no *es* (I, 329-379). Para un acercamiento más profundo a estas dos aseveraciones cf. Bailey, vol. II, pp. 651-740.

he decidido a exponer, a partir de una lectura propia del poema y de la reflexión que éste me ha generado, lo que pienso sobre la naturaleza de la poesía lucreciana. En mi opinión, además de un elemento didáctico y divulgador, la poesía lucreciana deviene casi metapoesía,³ válgame la expresión del término acuñado *ex professo*, igualando su quehacer al quehacer filosófico de Epicuro.

Como he dicho líneas arriba, esta aseveración podría parecer aventurada (y de cierta manera lo es), pero ha nacido, en principio, de la lectura del texto mismo y, también, de la lectura de cierta bibliografía específica, en la que he encontrado un sustento, a veces tenue, a veces sólido, para mi planteamiento principal.

En este sentido, es oportuno mencionar la obra del estudioso holandés P. H. Schrijvers *Horror ac divina voluptas. Etudes sur la poétique et la poésie de Lucrèce*, en la cual se aborda de manera muy detallada la contribución de la forma poética en dos niveles: por una parte, en el nivel puramente literario, y, por la otra, en el nivel científico y filosófico.

Hay que mencionar también la indispensable obra de Pierre Boyancé, *Lucrece et l'épicurisme*, en la que el estudioso francés además de dar una reinterpretación filosófica y filológica del *De rerum natura*, habla extensamente sobre la importancia de que la doctrina legada por Epicuro haya encontrado en la poesía de Lucrecio una forma diferente de ser transmitida y del engrandecimiento que ésta tuvo como consecuencia de ello.

Una obra importante y que también brindó una buena parte del sustento teórico de mi trabajo es la de la estudiosa norteamericana Gwendolyn Mae Gruber, *Medium and*

³ Entiendo aquí el término 'metapoesía' como el carácter que posee la poesía de Lucrecio no sólo de hacer placentera la lectura de un texto artístico *per se*, sino también la capacidad de mover a reflexión a sus lectores, mediante el uso de elementos y figuras propios del ornamento poético, con los cuales el poeta, de manera consciente, busca influenciar la mente y el ánimo de sus lectores, a fin de que éstos se decanten por la filosofía epicúrea.

message in Lucretius' "honey" analogy. En esta obra, la autora se da a la tarea de buscar todas las correspondencias entre el mensaje filosófico de Epicuro y el trabajo poético de Lucrecio, apreciando en éste último la relevancia poética no sólo como vehículo de divulgación sino como complemento indispensable para la realización de tal mensaje.

El libro de Daniel Marković *The Rhetoric of Explanation in Lucretius' 'De rerum natura'*, dio solidez a algunos de mis postulados sobre el uso retórico de la poesía en Lucrecio, pues el autor plantea en su libro que el uso de la forma poética en Lucrecio trasciende la forma misma y se convierte en un instrumento que intensifica y vuelve más persuasivo el mensaje, ya de por sí retórico y persuasivo, del filósofo ateniense.

Por otra parte, la obra de F. Giancotti *L'Ottimismo relativo nel 'de rerum natura' di Lucrezio*, y la de L. Pirelli *Lucrezio, poeta dell'angoscia*, fueron dos obras que me sirvieron para poner a prueba la solidez y la valía de mis argumentos. Ambas obras abordan el poema de Lucrecio desde una perspectiva menos favorable. Para ambos estudiosos la obra del poeta romano es una muestra clara de la indecisión que Lucrecio mantenía con respecto a la filosofía de su maestro, y una desviación innegable en términos meramente doctrinales.

Así, pues, este trabajo está dividido en tres secciones que pretenden dar un respaldo a mi hipótesis central: la primera aborda las condiciones literarias e históricas que posibilitaron la escritura del *De rerum natura*, a saber, cuáles fueron, a grandes rasgos, las influencias de Lucrecio y la relación que el poeta pudo mantener con otros escritores de su época. En el último apartado de esta sección se aborda todo lo relacionado con la biografía de Lucrecio y, sin profundizar demasiado, se intenta dar una opinión personal sobre los juicios literarios que se han emitido con respecto a la obscuridad de la vida del poeta. La segunda parte está dedicada a rastrear cuáles fueron los modelos de la poesía didáctica griega que influyeron en el poema de Lucrecio y cómo es que el poeta los incorporó a su

obra. Así mismo, se hace un breve recorrido por los desarrollos de la poesía didáctica antes y después de la escritura del *De rerum natura*, para terminar con un análisis de los elementos que componen el poema y determinar si más que un poema didáctico lo que escribió Lucrecio fue, en realidad, un poema filosófico de tintes, marcadamente, presocráticos.⁴ Finalmente, en el capítulo tercero, luego de exponer, de manera breve, cuáles fueron los principales motivos que provocaron el alejamiento de Epicuro de la poesía, se aborda la tesis central de este trabajo. Mediante el análisis, principalmente filológico y literario, de un poco más de quince fragmentos del *De rerum natura*, he pretendido comprobar mi hipótesis central, a saber, que la poesía de Lucrecio contribuyó no sólo a la divulgación, en el ámbito romano, de la filosofía epicúrea, sino también, y sobre todo, a la realización del objetivo más alto de la doctrina: la tranquilidad del alma, es decir, la abolición de los miedos y de las preocupaciones que impiden al hombre vivir de manera digna y en paz, en fin, la libertad espiritual.

El lector se sorprenderá al saber que el poema está compuesto de 7, 415 versos y pensará que el análisis de tan pocos fragmentos no puede arrojar un resultado objetivo. Sin embargo, es justo la gran extensión del poema y el límite expositivo al que estoy sujeto para la realización de este trabajo, lo que ha dificultado abundar, con más detalle y de manera más profusa, en cada uno de los versos lucrecianos. No obstante, he tratado de elegir los versos en que, desde mi perspectiva, se manifiesta de manera más clara la íntima relación que guardan poesía y filosofía en el poema de Lucrecio.

⁴ Cf. Von Albrecht, p. 270. No es mi propósito en esta tesis equiparar el trabajo poético-filosófico de Lucrecio con el de los poetas-filósofos presocráticos, aunque me parece importante recalcar que si el poeta romano pudo escribir una obra como el *De rerum natura* fue, en buena medida, por la inspiración y el ejemplo de poetas como Parménides, Anaxágoras y Empédocles. Digo que la obra lucreciana tiene tintes presocráticos porque es el primer poema romano, del que se tiene noticia, que intentó exponer en verso épico una doctrina filosófica, como en su momento lo hicieron Parménides y Empédocles.

Para la realización de este trabajo he partido de la lectura y el análisis de las fuentes originales. Todas las traducciones que aparecen en las páginas siguientes son responsabilidad mía. En algunos casos, y para ayudar a la comprensión cabal de ciertos pasajes, he decidido poner entre corchetes frases o palabras que, aunque no aparecen en el texto latino debido al estilo lucreciano o al de los demás autores citados, sin embargo, son necesarias en el texto español para completar la idea y clarificarla.

En lo que se refiere al texto de Lucrecio, he utilizado el establecido por Cyril Bailey, en su edición de 1949, que consta de tres volúmenes, aunque también he revisado los comentarios más importantes del siglo pasado, que están registrados en la bibliografía final de este trabajo. Toda la bibliografía secundaria que aparece en esta investigación ha sido consultada y estudiada con esmero. Por último, me queda decir que con este estudio no pretendo descubrir ningún hilo negro ni, mucho menos, proponer una ingeniosa novedad. Este trabajo es fruto de una predilección especial por el poeta romano Lucrecio. Sus páginas, como he dicho líneas arriba, son sólo un modesto intento de acercarme a su poesía desde una perspectiva más coherente y unitaria, que considera la poesía como parte insoslayable de la conformación artística y filosófica del *mesejae* epicúreo. Esto, a su vez, permitirá a los lectores comprender y admirar la majestuosidad de un poema que más de dos mil años después no deja de mover a la reflexión.

1. Lucrecio y la literatura romana

1.1. Contexto Histórico

El camino para llegar a Lucrecio fue largo y hubo de construirse en tiempos que no siempre favorecieron el desarrollo óptimo de la cultura literaria. El nacimiento y el desarrollo de la literatura romana no fueron hechos aislados que respondieran sólo al genio creador de sus más grandes representantes, ni mucho menos a una suerte de generación espontánea carente de toda influencia y de todo modelo. Fueron muchos y muy variados los factores que posibilitaron el nacimiento de la literatura en Roma.

Influida en gran medida por la civilización etrusca y por la abundante producción cultural helena, Roma comenzó su producción literaria imitando a los autores griegos y sus creaciones. Las *Leyes de las XII Tablas* son uno de los ejemplos más significativos en ese sentido, al intentar emular las leyes de la *pólis* griega y al ceñirse también a las sentencias de Apio Claudio, que se caracterizaron por su enfoque pitagórico.⁵

La situación geográfica de Roma la convertía en un punto estratégico para el comercio, los asuntos militares y la economía. Este hecho supuso la expansión territorial de la ciudad, lo que significó no sólo la adopción de nuevas formas políticas de organización social sino también, y sobre todo, el surgimiento de desafíos culturales y espirituales hasta entonces desconocidos por los romanos.

A la nueva ciudad en crecimiento arribaron las clases con más alcurnia y tradición de las ciudades itálicas, atraídas por el desarrollo económico y por lo que implicaba hacerse adepto al derecho de ciudadanía en la urbe que, con el paso del tiempo, se convertiría en la

⁵ Cf. Von Albrecht, p. 28.

ciudad más poderosa del mundo antiguo.⁶ Con las clases dominantes arribarían, a su vez, muchos jóvenes dotados con un talento creador insuperable.

Así pues, Roma se convertiría, desde entonces, en el escenario al que se dirigieron los más grandes ingenios literarios de la Italia meridional y central primero, y con los años, de la Galia y de las demás provincias.⁷ Apoderada de la Magna Grecia, Roma dedicó sus empeños a la literatura con tal ardor que, en poco tiempo, fue capaz de producir monumentos literarios de la misma calidad que la de sus maestros griegos.⁸ Poetas, historiadores, filósofos y oradores se esforzaron por otorgarle a sus obras no sólo una calidad inusitada sino también un toque particular, un elemento propio que derivó en una literatura de carácter completamente nacional. La importancia de los primeros ensayos literarios romanos consistió en que no fueron un simple juego de ingenio, sino que expresaron realmente un concepto nuevo del mundo y de la vida social, y fue ésta la razón del éxito que lograron. Los escritores no hicieron otra cosa que expresar en latín y difundir entre la plebe las ideas de las que los más inteligentes y audaces de entre las nuevas generaciones estaban imbuidos. La literatura se presentó, a la vez, como expresión y causa de la transformación de las ideas.

Aunque la influencia de los escritores griegos era casi inevitable para los escritores latinos, subyacía siempre en sus obras esa severidad y pragmatismo que caracterizaron al

⁶ Con respecto a la importancia de la ciudadanía en Roma, cf. Grimal, 1998, p. 24: “El esclavo, en efecto, es la *cosa* de su amo, no posee ni bienes ni familia, no dispone de su cuerpo. En cambio, el ciudadano (romano) tiene el derecho de poseer bienes muebles e inmuebles, dirige una familia sobre la cual tiene plena autoridad y de la cual es responsable ante los demás ciudadanos; también es el administrador del patrimonio que le legó su padre y que él tiene el deber de transmitir a sus propios descendientes. El ciudadano es esencialmente una ‘entidad de derecho’, y su libertad es ‘intocable.’ ¡Todo lo que tienda a suprimirla o a mutilarla es un crimen contra la libertad!”

⁷ Traglia, p. 38: “Non c’è stato grande poeta latino che non si sia formato a Roma o a Roma non abbia esplicato la sua maggiore attività poetica o che non sia stato in qualche modo legato all’ambiente letterario della capitale.”

⁸ Cf. Mammone, p. 102.

pueblo romano desde entonces. Imitadores o no, los escritores latinos impregnaron su literatura, casi de manera inconsciente, con su naturaleza más profunda. El papel que jugó la elección de su lengua materna como vehículo para transmitir las nuevas ideas fue determinante para el desarrollo de su literatura y, en general, para el desarrollo de la idea que los romanos tenían de sí mismos.

Los poetas del primer periodo republicano que se solazaron en la composición de hexámetros a la manera de Homero⁹ y que se impregnaron de toda la cultura helena, contrapusieron, sin embargo, a la lengua griega la latina, aún en ciernes,¹⁰ lo que facilitó la asimilación de las formas literarias y sobre todo la apropiación de las mismas. No se trataba para ellos de traducir a su lengua o simplemente de interpretar los pensamientos y las opiniones griegas sino de dar vida, a través de estas formas literarias, a sus propios razonamientos y de responder a sus más íntimas inquietudes.

La literatura romana no fue nunca una simple calca de la más alta literatura griega.¹¹ Cicerón mismo, en el inicio de sus *Tusculanae*, afirma con vehemencia que fueron los romanos quienes dieron vida por sí mismos a sus propios géneros literarios y que, en todo caso, si algo habían tomado de los griegos no habían hecho sino mejorarlo.¹² Fue esta conciencia lingüística, y de algún modo, el orgullo nacional o el sentido de pertenencia a una patria cierta lo que motivaría a muchos latinos a emprender un trabajo monumental y a

⁹ Para Livio Andrónico esto vale a medias, pues su método consistía en traducir casi literalmente del griego al latín, con excepción de aquellas figuras o imágenes que no tenían su correspondiente en la lengua latina. Es de notar, sin embargo, su labor para darle vida al verso saturnio. Cf. Von Albrecht, p. 127 y ss.

¹⁰ Para un sucinto resumen sobre el origen de la lengua latina cf. Vallaur, pp. 19 y ss.

¹¹ Mammone, p. 7: *Litterarum enim genera fere omnia Romani a Graecis hauserunt Graecosque scriptores tamquam exemplaria sibi sumpserunt, non ita tamen, ut interpretes tantum viderentur aut nonnisi ea quae apud eos invenissent, mutatis tantum verbis, significarent, sed ut nova cogitata ac sententias vere suas in usitata illa genera, tanquam vina uvasque suis ipsorum praelis pressas, in aliena vasa infunderent atque immiterent.*

¹² Cic. *Tusc.* I, 1: *meum semper iudicium fuit omnia nostros aut invenisse per se sapientius quam Graecos aut accepta ab illis fecisse meliora.*

erigir una literatura que reflejara la esencia de un pueblo que se desarrollaba a pasos agigantados.

Sin embargo, no todo fue sencillo en la adopción de los modelos literarios griegos y mucho menos en su asimilación. Las nuevas tendencias literarias encontraron en la figura de Catón una de las mayores y más acervas oposiciones.¹³ La estricta tradición romana se negaba a relacionarse con lo extranjero y rechazaba cualquier tipo de innovaciones en cualquier campo. Catón aspiraba a una literatura romana exenta de todo tipo de influencia griega, en la que se vieran expresados todos los preceptos ancestrales de los antiguos latinos.

Estos preceptos, como los del mismo Catón en sus obras, apuntaban siempre con dirección al pragmatismo característico del *mos maiorum*.¹⁴ Para Catón, los valores de la filosofía y de la oratoria griegas eran nulos. Sin embargo, la atmósfera en que vivían los romanos de aquella época se caracterizaba por su marcado acento intelectualista, lo que en buena medida impidió que los esfuerzos del Censor por proscribir las influencias del espíritu helénico triunfaran. Tal fue la fuerza de este maremoto intelectual que ni el mismo Catón se salvó de sucumbir a su influencia.¹⁵

No obstante, la rica herencia cultural de la época helenística portaba entre sus mantos deshilachados el germen de la crisis social. El viejo ideal de la *pólis* griega había

¹³ Plinio, *Nat. Hist.*, 29, 7, 14: *Dicam de istis Graecis suo loco, Marce fili, quid Athenis exquisitum habeam et quod bonum sit illorum litteras inspicere, non perdiscere. Vincam nequissimum et indocile genus illorum, et hoc puta vatem dixisse: quandoque ista gens suas litteras dabit, omnia corrumpet.*

¹⁴ Minyard, 1985, p. 8: "For the Roman community, therefore, the source of knowledge was the *mos maiorum*, the record of experience in dealing with the world and the preservation of what had worked and therefore had locked into the real nature of things. This *mos* was not the *mos senum* or *seniorum*, or *vetustiorum*, or *antiquorum*, any one of which it could have been, but *maiorum*. The word *maiores* refers to the 'antecedents' and those who are older than the speaker, but it *means* 'those who are greater, who are bigger. This is an embedded evaluation and structuring of experience that justifies and explains why this *mos* is the true source of knowledge and the sound test of truth."

¹⁵ Cf. Plutarco, *Cat.*, 33.

terminado con la conquista macedónica y lo que siguió a ésta no fue otra cosa que una lenta pero irremediable descomposición. No importaba ya el bien común ni la defensa de la patria como un lugar habitable para todos los ciudadanos. El colectivo le cedía el lugar centímetro a centímetro al individuo, quien al no encontrar respuestas en los añejos sistemas filosóficos predominantes por aquél entonces, se planteó la necesidad de formular nuevas filosofías que respondieran a sus inquietudes anímicas, intelectuales y sociales. Surgieron entonces nuevas escuelas que no sólo reanimaron el desgastado escenario de la filosofía griega sino que lo desbordaron, y permearon casi en su totalidad la insípida filosofía del mundo romano.

La crisis del mundo helenístico fue también el principio de la crisis de la República romana. Los viejos valores y las viejas categorías colapsarían al punto de que sería necesaria una reformulación en todo sentido y en todos los ámbitos. No sería errado decir aquí que, en gran medida, la literatura agudizó el proceso de crisis en la tardía República romana.

Así, pues, en un trasfondo cuyo escenario permanente fueron las guerras civiles y la violencia exacerbada, la ambición de los generales, el deseo de riquezas y de gloria, las venganzas y las traiciones políticas,¹⁶ no podía entenderse el mundo nuevo sin modificar, a su vez, todas sus representaciones. La literatura, como dijimos antes, no fue la excepción. La crisis intelectual se originó, entonces, de la pérdida de significado que enfrentaron los valores en los que se fundaba la vieja república, lo que se vio reflejado, incluso, en no pocos aspectos lingüísticos e idiomáticos propios de la lengua latina.¹⁷ El diálogo y la

¹⁶ Cf. Sall. C., 9-12.

¹⁷ Minyard, 14: "The *mos maiorum* has become, by virtue of circumstances, paradoxically as personal as its rivals, for the choice to uphold it rested now upon individual decision and reflected an individual hierarchy of goals and values[...] The old words for purpose and value remained, when purposes and values had changed

inteligencia cedieron sus lugares a las armas y a la violencia, y aún ahora resuena, en el eco eterno de su poesía, la amarga y lastimosa queja de Enio¹⁸ como la manifestación inequívoca de una realidad ineludible y desgastante.

La corta pero sangrienta dictadura de Sila, la inmediata recuperación de Roma por parte de Mario y Cina, y la consecuente persecución de los adversarios vencidos, aunadas a las rebeliones de pequeños grupos de esclavos que se sublevaban, hicieron de esta época un proceso largo, sangriento y muy cruel. No tardaría mucho, sin embargo, el contraataque de Sila, quien haciéndose acompañar por Craso y Pompeyo (este último un general con un futuro prometedor) retomaría por segunda ocasión Roma, nombrándose el primer dictador, lo que le aseguraría un control absoluto sobre el senado. Incluso el tribunado popular, surgido en tiempo de los Gracos, quedaría sometido al arbitrio del tirano.¹⁹

De nada valieron, no obstante, las reformas aplicadas por Sila, puesto que diez años después casi ninguna de ellas mantenía su vigencia, a tal grado que el tribunado popular recuperaría su poder y le otorgaría poderes extraordinarios a personajes tales como Pompeyo, Craso y Lúculo. Sería el primero de estos tres personajes quien más fama e importancia cobraría en los acontecimientos siguientes. Distanciado por completo de Sila (quien ni siquiera lo nombró en su testamento) Pompeyo cobraría gran relevancia, sobre todo después del sofocamiento de la insurrección de esclavos comandada por Espartaco, lo que lo llevaría a unir fuerzas con Licinio Craso, con quien avanzaría hasta Roma, en donde

and new categories were given to the old names. Since the old words no longer always designate the same realities they had in days gone by, the separation between words and things widened, and the question of truth, of *fides*, became of paramount importance.”

¹⁸ Ennio cantaba con tristeza y desesperanza en *Ann.*, 8, 248 y ss: *pellitur e medio sapientia, vi geritur res, / spernitur orator bonus, horridus miles amatur / Haud doctis dictis, certantes, sed maledictis, / miscet inter sese inimicitias agitantes. / Non ex iure manu consertum, sed mage ferro / rem repetunt, regnumque petunt, vadunt solida vi.*

¹⁹ Es importante recalcar la importancia de este tribunado popular del que, generalmente, se originaban casi todos los movimientos insurreccionales, desde la época de los Gracos. Cf. Grimal, 1989, p. 8.

sería nombrado cónsul en el 70 a. C. Todas las campañas militares emprendidas por Pompeyo fueron exitosas a tal grado que incluso Cicerón habría de compararlo con el gran Alejandro Magno.²⁰

Entre todas estas desavenencias y conflictos internos se gestó uno de los alzamientos populares más conocidos en la historia romana, encabezado por Catilina, un hombre de la pequeña burguesía romana venido a menos y que intentaba, mediante el poder de las armas, restituirse ciertos privilegios sociales y económicos que había perdido con los años.²¹

La vorágine de los acontecimientos se precipitaría a una velocidad vertiginosa haciendo colapsar de manera brutal los resquicios de una República herida de muerte que había dejado de ser una opción real para los ciudadanos. Todo este entramado de traiciones, venganzas y luchas intestinas, culminarían con el nombramiento de César como emperador y, en consecuencia, como el hombre sobre el que recaían todo el poder y las decisiones del estado, que había dejado de ser una República para convertirse en un Imperio, sin duda, de los más poderosos de la historia humana.

Es en este turbulento y a la vez renovador contexto histórico en el que la obra de Lucrecio recoge la herencia de una filosofía helenística de carácter soteriológico,²² pensada para la emancipación espiritual de los hombres. A pesar de su abierto desprecio por la política institucional de su tiempo, y a pesar de su marcada consecuencia doctrinaria, Lucrecio, hijo de su tiempo, tenía en mente las turbulencias de su momento histórico. Su obra, aunque científica y filosófica, es también una respuesta magistral a las condiciones sociales en las que vivía y una propuesta nueva para vivir en comunidad.

²⁰ Cf. Cic. *Pro Arch.*, X, 24.

²¹ Cf. Sall., *C.* 14-16.

²² Cf. Gual, pp. 13-22.

1.2. Lucrecio y sus contemporáneos

El tiempo de Lucrecio (100-45 a. C.) es un tiempo en que florecieron pocos pero inigualables genios literarios,²³ que sentaron las bases y los precedentes estilísticos de lo que con los años, y sobre todo en la época de Augusto, se convertiría en el gran monumento que fue la literatura latina. Hablar de cada uno de ellos no es la intención de este capítulo, por la magnitud de la tarea que eso implicaría, pero por lo menos se pueden mencionar los que, a mi juicio, son los más representativos y que, de una u otra manera, se relacionaron directa e intelectualmente con la obra de Lucrecio: Cicerón y Catulo.

1.3. Cicerón

Nacido en los albores del primer siglo antes de nuestra era (106), en Arpino, provincia del Lacio, Cicerón es y ha sido uno de los pilares de la literatura latina a lo largo de los siglos. Su historia es la de un hombre audaz e inteligente, que supo aprovechar todas las oportunidades que se le presentaban para crecer tanto política como personalmente. Cicerón fue el *homo novus* que hizo de la mente y de la refinación su bandera.²⁴ Formado con los maestros más afamados de su juventud, el Arpinate se educó en casi todas las disciplinas que constituían al orador óptimo, según las reglas que él mismo, más tarde, propondría en el *De Oratore*. Aprendió los rudimentos de la retórica con el sabio Quinto Mucio Escévola; conoció la filosofía a través de Filón de Larisa, un sabio ecléctico que hacía convivir el pensamiento académico y el escéptico, y frecuentó también al filósofo estoico Diódoto, para luego realizar, finalmente, estudios en Atenas y Asia Menor (79-77). No sería sino

²³ Entre ellos podemos contar a Marco Terencio Varrón (116-27 a. C.), Salustio (86-34 a. C.), Vitrubio (80 a. C.- 15 a. C.), Estrabón (63 a. C.-19 d. C.), Tito Livio (59-17 a. C.), Virgilio (70-19 a. C.), Horacio (65-8 a. C.) y Ovidio (43-17 a. C.), por mencionar a los más representativos.

²⁴ Cf. Minyard, p. 29.

hasta su regreso de esta estancia de estudio que Cicerón empezaría su descollante carrera política en la República romana y su brillantísimo ascenso como uno de los intelectuales más importantes de su época.

Pero antes de convertirse en el gran orador y político de su tiempo, Cicerón fue tocado por la poesía y sus Musas. En su juventud, Marco Tulio Cicerón experimentó el ardor de la poesía con la misma seriedad con la que después experimentaría el ardor y la erudición filosófica y la majestad de la retórica.²⁵ Su predilección por la poesía de Enio y por la de la edad gloriosa de la República no le impidió, sin embargo, que en su pecho se despertara un fervoroso amor por la poesía refinada y erudita, fundamentada en la composición de nuevos vocablos y construcciones sintácticas, y deseosa de nuevas experiencias estilísticas y métricas. Cicerón estaba plenamente convencido de que la suya era una lengua no sólo tan eficiente como la griega sino también mucho más abundante y rica.²⁶

La actividad poética de Cicerón comenzó en su adolescencia, arropado, quizá, por Lutacio Catulo, un hombre de amplia erudición y excelso conocedor de poesía, quien incluyó a Cicerón en el grupo de intelectuales que encabezaba en Roma.²⁷ El poeta griego Archias, uno de los principales representantes de este grupo literario, fue el que introdujo a Cicerón a este círculo y, muy probablemente, el que lo impulsó, en su juventud, a traducir los *Phaenomena* a la lengua latina, como se puede colegir de lo dicho por el orador en la defensa del poeta Archias.²⁸

²⁵ Cf. Paratore, p. 175.

²⁶ Cf. Cic. *De Fin.*, I, 3.

²⁷ Cf. Cic. *Pro Arch.* 3, 5; *Brut.* 35, 132-134.

²⁸ Cf. Traglia, p. 98.

Nam quad longissime potest mens mea respicere spatium praeteriti temporis et pueritiae memoriam recordari ultimam, inde usque repetens hunc video mihi principem et ad suscipiendam et ad ingrediendam rationem horum studiorum exstitisse. (Pro Arch. I, 1)

Pues hasta donde mi mente puede mirar el espacio del tiempo pretérito, y recordar la última memoria de mi infancia, me doy cuenta que éste [sc. Archias] fue para mí un guía al [momento de] aceptar y comenzar el curso de estos estudios.

El estilo poético expuesto en los *Aratea*, nombre que el mismo Cicerón dio a su obra,²⁹ es un estilo arcaico e innovador a la vez. La creación de adjetivos compuestos al estilo de Enio contrasta con la sutileza y refinación de ciertas construcciones poéticas. A diferencia del *De rerum natura* de Lucrecio, los *Aratea* se contentan con retratar, en bellas imágenes poéticas, los fenómenos celestes, sin tratar de dar una explicación racional.³⁰ Existen, sin embargo, algunos conceptos científicos que aparecen en el poema de Lucrecio de los que Cicerón da cuenta también en su poema, lo que ha hecho suponer a varios estudiosos que el Arpinate fue el primero en introducir al vocabulario latino tales conceptos.³¹ Pero también en lo que atañe a la simple composición poética, al ingenio poético del creador, sería posible afirmar, junto con Traglia y Merrill, que la poesía de Cicerón fue una de las varias

²⁹ Cic. *De nat. Deor.* 41, 104: *utar carminibus Arateis* –dice Balbo al tratar de explicar, según una concepción estoica, la armonía de los astros y del universo-, *quae a te admodum adulescentulo conversa ita me delectant, quia latina sunt, ut multa ex iis memoriam teneam.*

³⁰ Cf. Ewbank, p. 25.

³¹ Cf. Merrill, pp. 143-154. Nos referimos sobre todo a los conceptos que describen los procesos físicos de la naturaleza como *elementa*, *principia*, *individuum*, entre muchos otros. Es necesario, también, recordar que la obra poética de Cicerón, y en específico a la que nos referimos, fue publicada mucho antes de que viera la luz el poema filosófico de Lucrecio, lo cual nos lleva a pensar en la primacía de Cicerón al introducir un vocabulario científico nuevo a la lengua latina. Esto, sin embargo, no le resta ningún mérito a Lucrecio, quien, como lo veremos, no se conformó con traducir, a la letra, los conceptos de la filosofía epicúrea griega a la imberbe filosofía epicúrea latina, sino que fue más allá creando palabras nuevas y resignificando ciertos conceptos. Cf. *Lucr.* I, 143.

fuentes poéticas de las que abrevó Lucrecio.³² Por citar unos cuantos ejemplos que sostienen lo dicho, veamos la descripción que Lucrecio hace de Marte recostado sobre el regazo de Venus, en el proemio del libro I:

*armipotens regit, in gremium qui saepe tuum se
reicit aeterno devictus vulnere amoris,
atque ita suspiciens **tereti cervice reposta**
pascit amore avidos inhians in te, dea, visus (I, 33-36)*

armipotente [*sc.* Marte] gobierna, quien se recuesta en tu regazo, con frecuencia, vencido por una eterna herida de amor, y así, levantando la vista mientras su definida cerviz recuesta, padece sus ojos ávidos de amor, suspirando, oh diosa, por ti.

El segundo hemistiquio del v. 35 *tereti cervice reposta* es casi una calca del fr. IX, 5³³ de los *Aratea* ciceronianos en los que se lee la descripción que Cicerón hace de una constelación que él llama Serpiente: *opstipum caput at **tereti cervice reflexum***. Sin duda, la imagen cobra más sentido y belleza en Lucrecio, pero es innegable, más allá de esta opinión, que Lucrecio tuvo frente a sus ojos el poema de Cicerón y vio en él cosas dignas de imitación.³⁴

Lo mismo sucede en el libro II, cuando Lucrecio utiliza la analogía de un naufragio para explicar un proceso atómico y dice:

³² En contraposición a esto, cf. Sedley, pp. 21-34, en la que el autor propone la tesis de que Lucrecio tiene como única fuente de inspiración poética la poesía del filósofo presocrático Empédocles.

³³ La numeración de los fragmentos del poema ciceroniano aquí expuestos proviene de la edición que W. Ewbank hace de la poesía de Cicerón. Cf. Ewbank, 1933.

³⁴ Cf. Traglia, p. 93 y ss. El autor enumera los siguientes ejemplos de imitaciones lucrecianas: *Lucr. I, 276, Arat. 71*; *Lucr. I, 10, Arat. 370*; *Lucr. III, 610, Arat. 472*; *Lucr. V, 619, Arat. 33*; *Lucr. V, 636, Arat. 337*.

*sed quasi naufragiis magnis multisque coortis
disiectare solet magnum mare transtra cavernas
antennas proram malos tonsasque natantis,
per terrarum omnis oras fluitantia aplustra.* (II, 551-55)

sino que como el mar, cuando suceden devastadores naufragios, suele dispersar, por todas las playas de la tierra bancos, bodegas, antenas, mástiles, proras, remos y adornos que flotan.

La expresión *fluitantia aplustra* aparece ya en el fr. XXV de los *Aratea* ciceronianos: *navibus absumptus fluitantia aplustra*, en la que la imagen, muy probablemente, también, haya estado referida a un naufragio, pues aunque el verso es fragmentario, se habla de *navibus*, lo que ha llevado a pensar al filólogo inglés W. W. Ewbank que la descripción hecha por el joven Cicerón se refiere, también, a un naufragio.³⁵

A partir de estas breves comparaciones es claro que la influencia del estilo poético ciceroniano en la composición del estilo poético lucreciano es casi indiscutible. No obstante, a diferencia de la poesía de Cicerón, la de Lucrecio, según me parece, es mucho más estilizada; sus imágenes están mejor tratadas; su poesía es, sobre todo, parte de un objetivo filosófico que trata de entender el funcionamiento del mundo, clarificándolo mediante el accionar poético, e intenta liberar a sus lectores de miedos irracionales y vanos.

No se trata, en la poesía de Lucrecio, de una simple y bella ornamentación, ni de la sola descripción de un proceso o de un fenómeno físico o celeste, mucho menos de una simple traducción: la formación de nuevos vocablos y la marcada tendencia arcaizante que lo mismo que en Cicerón era un eco innegable de la influencia del poeta Enio, no respondía, sin embargo, en Lucrecio, a un ejercicio intelectual o de práctica retórica, sino a

³⁵ Cf. Ewbank, p. 47.

una revitalización de la lengua poética con el fin de cumplir sus objetivos liberadores y curativos.

1.4. Catulo

Catulo forma parte de la prodigiosa generación literaria que atestiguaría la crisis y el fin de la República romana. Nacido en la región transpadana de Verona (*ca.* 87 a. C. – 54 a. C),³⁶ Catulo encabeza la serie de brillantes poetas que esta región regalaría a la literatura del Lacio. Formado en el seno de una noble familia perteneciente a la *Gens Valeria*, la educación de Catulo no careció de ninguno de los elementos necesarios en la formación de un hombre libre y adinerado. Como sus coetáneos, Catulo es hijo de su tiempo y los conflictos por los que, entonces, atravesaban la sociedad romana y sus instituciones no pasaron inadvertidos a su genio poético y a su sensibilidad: los valores que en aquel momento eran el fundamento moral de la sociedad romana le parecían corruptos y decadentes; su agudo ingenio y su espíritu crítico lo llevaron a mofarse, con un tono de desprecio e ironía, expresado en sus jocosos epigramas, no sólo de los malos poetas sino también de sus enemigos.³⁷

En efecto, esta desazón espiritual, propia de la época que le tocó vivir, fue lo que impulsó a Catulo, lo mismo que a sus contemporáneos epicúreos, a criticar severamente el *mos maiorum* y a tomar una distancia considerable de los asuntos políticos de la *res publica*, en la que, por otra parte, sólo veía un juego de intereses que nada tenían que ver ya

³⁶ Las fechas tanto del nacimiento como de la muerte de Catulo aún ahora no han sido establecidas con toda certeza. Las noticias que tenemos, provenientes de San Jerónimo, quien a su vez abrevó del *de Poetis* de Suetonio, dan como fecha de nacimiento el 87 a. C. y de muerte el 57 a. C. Pero, lo cierto es que el mismo Catulo habla en sus poemas de una expedición de César a Bretaña iniciada en agosto del 55, lo que ha motivado como las fechas más plausibles 87-55 a. C. Cf. Bonifaz Nuño, 1977, p. 7. Cf. etiam Ov. *Am.*, IX, 61-62.

³⁷ Cf. Mammone, 1951, p. 62.

con el bien común sino, por el contrario, con los beneficios personales que cada quien pudiera obtener de ella.³⁸

Así, en el poema V Catulo rechaza la severidad de los viejos moralinos (vv, 2-3) y propone una nueva ética del *negotium* donde la felicidad y el placer son los ejes cardinales sobre los que se mueve el poeta y su poesía. Sin embargo, la intención de Catulo al criticar y rechazar los valores del mundo romano no significaba la demolición de toda la estructura social y la construcción de un nuevo modelo. El poeta reinterpretó las viejas categorías y los anquilosados valores de la sociedad romana, y les otorgó un toque personal con su poesía, construyendo así uno de los retratos más deslumbrantes, realistas y originales del espíritu humano de su época.³⁹

Aunque la personalidad de Catulo era una personalidad sin prejuicios, acostumbrada a desenvolverse en el vaivén cotidiano de la juerga y las pasiones, la crisis social, cultural y política de su tiempo, aunadas a la muerte de su hermano, motivaron en él la creación de un mundo absolutamente personal, cimentado en la relación amorosa que el poeta sostuviera con Lesbia.⁴⁰ A esta mujer debemos parte de la majestuosidad de la poesía catuliana. Es en la figura de esta misteriosa musa en donde Catulo, además de depositar todas sus pasiones, sus dolores y sus alegrías, da vida, también, a la idea de un mundo mucho más egoísta y particular, en el que la única verdad es la sinceridad con la que los hombres se relacionan entre sí y la veracidad de los sentimientos puestos en juego.⁴¹

³⁸ Cf. Minyard, p. 25; Cf. Cat. LVII. Sin embargo, la ambición política también hizo presa a Catulo como lo demuestran algunos versos del c. X (5-13).

³⁹ Bonifaz, 1969, p. VIII.

⁴⁰ Sin embargo, no sólo los tópicos de la pasión y el sufrimiento amoroso fueron los ejes de la poesía catuliana. La amistad, la ambición y, en general, todos los sentimientos propios del alma humana, encontraron en su poesía un representante sin par. Para un estudio profundo sobre la poesía catuliana y los temas en ella tratados, así como para su estilo y sus fuentes, cf. Ferrero, 1955, *passim*.

⁴¹ Cat. XII, XIV, XVII, XXII, XCV, CXVI. Cf. Minyard, p. 26.

La reinterpretación, pues, de su mundo fue lo que volvió original a Catulo. Influidos fuertemente por la antigüedad griega y por la época helenística, el de Verona supo adecuar a sus necesidades lo que le servía de una y de otra época: de los antiguos griegos heredó la reflexión profunda sobre el devenir humano y de los poetas helenísticos la erudición, la novedad lingüística y, en algunos casos, la elegancia exacerbada.⁴² Es así, pues, que percibimos en Catulo un fuerte vínculo con la poesía helenística, sobre todo en lo que toca al estilo: la ironía, las vastas alusiones mitológicas y la depurada técnica de sus poemas nos hacen pensar en los eruditos poetas del helenismo como Calímaco y Apolonio.⁴³

El grupo de poetas conocidos como *poetae novi* o *neōteroi*, cuyo más alto y afamado representante fue Catulo, tenía una predilección especial por la docta poesía alejandrina,⁴⁴ que representaba, por sus características estilísticas y los fines que perseguía, una contraposición al estilo arcaizante, derivado de la épica eniana,⁴⁵ y a la doctrina de Lucrecio. Pese a ello, entre el *De rerum natura* y los *Carmina* de Catulo, es posible descubrir afinidades lingüísticas y relaciones verbales que sugieren una posible relación entre ambos poetas.⁴⁶ ¿Se conocieron Lucrecio y Catulo? ¿Fue Lucrecio quien influenció a Catulo o viceversa? Aunque es difícil aseverar algo con absoluta certeza, lo cierto es que ambos poetas gozaron del favor de Memio, a quien dedicaron su obra, y formaron parte de las amistades más cercanas de este político romano.⁴⁷ Es probable también, como sugiere

⁴² Cf. Bonifaz, 1977, p. 15.

⁴³ Cf. Ferrero, 1949, p. 5.

⁴⁴ Ibid, p. 7.

⁴⁵ West, pp. 289-299.

⁴⁶ Cf. Ferrero, 1949, p. 103, quien enumera las siguientes coincidencias lingüísticas: “Lucr. I, 11, Cat. C. 64, 282; I, 21, 607-64, 198; I, 731-64, 383; I, 788-69, 206; II, 27-64, 44; II, 335-64, 50; II, 582-64, 209; II, 618-64, 261; III, 57-64, 198; III, 81-64, 221; III, 626-64, 165; III, 835-64, 205; III, 931-64, 166.” Sin embargo, Ferrero propone que las semejanzas más consistentes se dan entre el libro IV de Lucrecio y el *carmen* 64 de Catulo: “Lucr. IV, 546, Cat. 64, 262; IV, 577, 166; IV, 456-64, 207.”

⁴⁷ Memio fue pretor en el 58 a. C. y gobernador de Bitinia. En el 54, apoyado por César, se convirtió en cónsul, pero pronto fue expulsado de su cargo por corrupción, y debió exiliarse. Cf. Canfora, pp. 44-48; Mae Gruber, p. 52.

Antonio Traglia, que Lucrecio y Catulo se hayan conocido por la intermediación de Cornelio Nepote de quien Catulo fue íntimo amigo y a quien dedicó su *libellus*.⁴⁸

Como sea, ha querido pensarse, debido a tales relaciones y encuentros verbales y lingüísticos entre ambos poetas, que fue Lucrecio quien ejerció su influencia sobre la poesía de Catulo. Por ejemplo, en el libro II, cuando Lucrecio habla de la procesión de Cibeles, describe de la siguiente manera el estrépito de los tambores, de los címbalos y los cuernos:

Tympana tenta tonant **palmis** et cymbala circum
concava, **raucisono**que minantur **cornua** cantu, (II, 618-619)

tímpanos truenan tocados por palmas y alrededor cóncavos címbalos, con sonoro canto enronquecido los cuernos resuenan

La elección y la colocación de las palabras en estos versos intentan reproducir, no sin éxito, el estrepitoso pasar del cortejo sagrado. Catulo, por su parte, en el c. LXIV, describe así la agitación de las bacantes:

plangebant aliae proceris **tympana palmis**,
aut tereti tenues tinnitus aere ciebant,
multis raucisonos efflabant cornua bombos. (261-263)

Otras tímpanos con palmas extendidas golpeaban, o producían con metal redondo tenues tintineos, los cuernos para muchas exhalaban resonantes zumbidos.

⁴⁸ Cf. Traglia, p.106.

Como vemos, la utilización de palabras como *tympana*, *raucisonos*, *palmis* y *cornua*, remiten inmediatamente a los versos de Lucrecio. En ambos pasajes cobran relevancia las aliteraciones y los juegos verbales que intentan describir la solemnidad y el estruendo religioso. ¿Influencia lucreciana o catuliana? No hay nada cierto. Incluso reuniendo todas las coincidencias existentes entre los dos poetas, sería muy difícil determinar si hubo una influencia de uno sobre otro, si conocieron sus obras o, en fin, si se conocieron personalmente.

Sin embargo, más allá de esto, lo que es de resaltar en similares características de estilo y, las menos de las veces, de temática, es que, aunque aisladas, insuficientes y muy variables,⁴⁹ hacen manifiesto el espíritu cultural y las tendencias intelectuales de su época, una época, por lo demás, en que la lengua literaria de los romanos comenzaba a establecerse. Hijos de su tiempo, Lucrecio y Catulo convergían en el gusto por la poesía. Iguales y diferentes a un mismo tiempo, a estos dos genios literarios su talante poético los volvió inmortales.⁵⁰

1.5. La vida de Lucrecio

*bene qui latuit bene vixit.*⁵¹

“Bien vivió quien bien se ocultó”, dice Ovidio, en clara referencia a una de las máximas más importantes del epicureísmo. En efecto, la idea del λάθε βιώσας (“vive de manera discreta”) era uno de los principios fundamentales que componían el cuerpo de la doctrina

⁴⁹ Ibid., p. 101: “infatti si tratta sempre di parole isolate, di termini singoli, o al più di nessi elementari in cui l'epiteto è suggerito dalla topica tradizionale o da esigenze metriche.”

⁵⁰ Ibid., 107: “Così differenti per carattere e per vita, espressione diversa di uno stesso spirito romantico, si trovarono per sempre uniti nel destino di morte.”

⁵¹ Ov. *Trist.* III, 4, 25. Cf. Hor. *Ep.* I, 17, 10.

epicúrea.⁵² Conviene preguntarse, entonces, ¿tanta fue la ortodoxia y la fidelidad de Lucrecio a su doctrina como para alejarse por completo del mundo de tal manera que nada, o casi nada, se sabe de su vida? Es probable que así sea, si leemos los primeros versos del proemio del libro II en los que Lucrecio dice:

*sed nihil dulcius est, bene quam munita tenere
edita doctrina sapientum templa serena,
despicere unde queas alios passimque videre
errare atque viam palantis quaerere vitae* (II, 7-10)

pero nada hay más dulce que poseer elevadas moradas serenas firmemente fortificadas con la doctrina de los sabios, desde donde puedas observar a otros errar de un lugar a otro y buscar, desorientados, el camino de la vida.⁵³

Ciertamente, en estos versos el poeta no sólo elogia la sabiduría que otorga la filosofía epicúrea, ni tampoco sólo la tranquilidad anímica, *summum bonum* del epicureísmo, sino que, si leemos con un espíritu más agudo y controversial, podremos advertir en ellos, quizá, uno de los poquísimos datos autobiográficos que el autor nos dejó en su obra,⁵⁴ y que manifestarían su decisión personal por apartarse de la decadencia del mundo en que vivía refugiándose en la sabiduría y en la tranquilidad que proporciona la soledad.

⁵² Cf. Us. Fr. 551.

⁵³ Este ‘camino de la vida’ o ‘modo de vida’ es, desde luego, el de la *ataraxía* que ofrece la filosofía epicúrea, es decir, la anulación de todos los miedos y las perturbaciones espirituales. Cf. Leonard and Smith, p. 312; Bailey, vol. II, p. 789. Llama también la atención la utilización que Lucrecio hace de la imagen poética y literaria del camino, misma que encontramos ya en Parménides., DK28 B1- B2- B6 y en Empédocles., DK31 B3.

⁵⁴ En contraposición con lo dicho Canfora afirma, partiendo de la *Vita Borgiana* (biografía lucreciana compuesta por el humanista Girolamo Borgia, 1475-1550?, descubierta en 1894 por John Masson en una edición incunable del *De rerum natura* impresa en Venecia en 1495) que es imposible pensar que Lucrecio se haya apartado por completo del mundo si se piensa que “già Epicuro ha preso posizioni e si è schierato, tra Antigono e i suoi avversari, e ha avuto alterni atteggiamenti nei confronti di Demetrio Poliorcete.” El mismo Canfora, por otra parte, enumera los lugares del poema en los que, a grandes rasgos, se puede saber sobre la vida de Lucrecio y sus viajes al extranjero. Cf. Canfora, pp. 65-68.

Tal afirmación, sin embargo, no cobraría sentido si, como en el caso de otros autores, los poetas y los escritores de su tiempo y de las generaciones posteriores, nos hubieran dejado alguna noticia sobre la vida del poeta. En realidad, muy pocos fueron los autores de la antigüedad que hablaron, de manera explícita, sobre la vida de Lucrecio. Cicerón, por ejemplo, en una carta escrita a su hermano Quinto (*Ad Quint.* II, 9 [10]), fechada en febrero del 54, con mucha probabilidad luego de la muerte del poeta, habla en estos términos del poema de Lucrecio: *Lucretii poemata ut scribis ita sunt, multis luminibus ingenii, multae tamen artis* (“los poemas de Lucrecio son así como los describes, de muchas luces de ingenio, y también, de un arte elevado”).⁵⁵ Ovidio, por su parte, pone de manifiesto su conocimiento del poema y su admiración por el poeta, al hablar de Lucrecio (*Am.* I, 15, 23-24) utilizando uno de los versos del poema lucreciano, *carmina sublimis tunc sunt peritura Lucreti, / exitio terras cum dabit una dies* (“sólo entonces morirán los poemas del sublime Lucrecio, cuando un solo día devaste la tierra”).⁵⁶ Finalmente, Estacio y Cornelio Nepote también hacen mención de Lucrecio pero sin aportar mayores datos biográficos que la explicitación de su conocimiento del poeta.⁵⁷ Sin embargo, pese a la “congiura del silenzio”,⁵⁸ como ha llamado Antonio Traglia a la omisión de los antiguos escritores sobre Lucrecio y su poema, la influencia que ejerció el poeta epicúreo en la poesía posterior a su generación, e incluso, en la de su generación misma, es más que evidente. El más grande poeta de la edad augustea, Virgilio, imitó en sus obras

⁵⁵ En este capítulo me propongo solamente exponer los datos biográficos conocidos y plantear algunas preguntas sobre ellos. No es mi intención discutir a profundidad los problemas que cada una de estas noticias biográficas implican. Para este menester remitimos a la excelente biografía que el estudioso italiano Luciano Canfora intituló *Vita di Lucrezio* (1993) y al multicitado libro de Pière Boyancé, *Lucrece et l'epicureisme* (1963).

⁵⁶ *Lucr.*, V, 95-96: *una dies dabit exitio, multosque per annos / sustentata ruet moles et machina mundi.*

⁵⁷ *Stat. Silvae*, II, 7, 76: *docti furor arduus Lucretii*; *Cor. Nep. Att.* 12. 4. 2: *quem post Lucreti Catullique mortem multo elegantissimum poetam nostram tulisse aetatem vere videor posse contendere.*

⁵⁸ Cf. Traglia, p. 106.

muchos de los versos del *De rerum natura* y motivado, quizá, por la didáctica lucreciana, escribió sus *Georgica*.⁵⁹

No fue hasta bien entrada la antigüedad tardía que a través de San Jerónimo, se intentaría una biografía lucreciana un poco más completa. En las inserciones que Jerónimo hizo en el *Chronicon* de Eusebio se nos dice lo siguiente:

sub anno XCV Titus Lucretius poeta nascitur, postea poculo amatorio in furorem versus, cum aliquot libros per intervalla insaniae conscripsisset, quos postea Cicero emendavit, propria se manu interfecit anno aetatis XLIV.

Nace en el año 95 el poeta Tito Lucrecio Caro, [quien] después, enloquecido por un filtro amoroso, como escribiera algunos libros entre los intervalos de [su] locura, mismos que, posteriormente, Cicerón editó, se suicidó al cumplir los 44 años.⁶⁰

Varias cosas resultan significativas en la noticia del Santo, que parece ser, a su vez, una noticia tomada del libro perdido *de Poetis* de Suetonio.⁶¹ San Jerónimo dice que Lucrecio habría escrito su obra *per intervalla insaniae*, debido a un filtro amoroso que, a la postre, lo llevaría al suicidio. Sin embargo, no hay nada en los escritores de la antigüedad que confirme esta hipótesis. En este sentido, me parece que la noticia biográfica que nos transmitió San Jerónimo fue formulada, de manera rigurosa, con base en un único nexo del que depende todo y sin el cual ningún dato quedaría tan a la medida: el filtro de amor es

⁵⁹ Gelio, I, 21, 7: *non verba autem sola, sed versus prope totos et locos quoque Lucreti plurimos sectatum esse Vergilium videmus*. Cf. Ser. III, 293; Gale, 2004, *passim*.

⁶⁰ Así pues, San Jerónimo sitúa el año del nacimiento de Lucrecio en el 95 a. C. y el de su muerte, en el 51 a.C.

⁶¹ Cf. Canfora, p. 14. Existe también otra corta noticia biográfica de Lucrecio, incluida en la biografía que el gramático latino Donato, maestro de Jerónimo, escribió sobre Virgilio, sobre la que, sin embargo, no abundaremos en este trabajo. Cf. Ver, p .8.

congruente, a su vez, con la locura; la locura, con la escritura intermitente del poema, y ésta con la realización parcial del proyecto (*aliquot libros*), lo que motivaría necesariamente una corrección póstuma que correría a cargo de Cicerón (*quos postea Cicero emendavit*); y, finalmente, el suicidio del poeta que cierra como epílogo maravilloso una biografía cuyos objetivos eran evidentes: el descrédito de un sistema filosófico y la reprehensión sutil y ejemplar al paganismo antiguo.⁶²

Es de resaltar, pues, el tono novelesco con que Jerónimo construye la vida de este poeta latino, en comparación a lo que hace con los demás poetas, cuya información se limita sólo a lo más esencial como el nacimiento, la muerte, y la obra. Por otra parte, es del único poeta latino del que Jerónimo afirma con tal severidad y certidumbre la locura.⁶³

Aunque no faltan ejemplos en la historia de la literatura de grandes poetas y genios creadores que han enloquecido merced a su naturaleza susceptible, y aún así han escrito obras monumentales e imperecederas, el impulso racionalístico que percibimos en el tono de la poesía lucreciana y el ordenamiento mismo del poema, así como la exposición de los principales postulados y la coherencia argumentativa del texto mismo, nos impiden darle un peso importante al mito sobre la locura del poeta. Fue, pues, esta noticia la que inauguró una serie de extravagantes historias sobre la vida de nuestro poeta al grado que no pocos

⁶² Cf. Canfora, p. 24; Onfray, pp. 245-249.

⁶³ Petrarca en el *De remediis utriusque fortuna* (II, 115) se sirve de la información de San Jerónimo para testificar la locura de Lucrecio, sin poder encontrar ningún otro escritor de la antigüedad con estas características. Por otro lado, es cierto, también, que en la antigüedad el uso de sustancias psicoactivas y de drogas era de uso corriente. Véase por ejemplo lo dicho por Ovidio, *Ars amandi*, II, 106: *non facient, ut vivat amor, Medeides herbae / mixtaque cum magicis nenia Marsa sonis / Phasias Aesoniden, Circe tenuisset Ulixem, / si modo servari carmine posset amor. / Nec data profuerint pallentia philtre puellis; / philtre nocent animis vimque furoris habent.* Cf. Plinio *Nat. Hist.*, XXV, 25; Suetonio, *Calig.*, 50, 2.

escritores posteriores vieron en Lucrecio una suerte de modelo a seguir, ya para sus obras, ya para sus personalidades.⁶⁴

No sólo lo referente a la locura de Lucrecio es un dato inexacto, lo es también, por ejemplo, la presunción de que la obra fue escrita sólo de manera parcial (*aliquot libros*) debido a la recurrente demencia que poseía al poeta y que lo sumergía en un abismo infranqueable impidiéndole a su genio la erupción. En el proemio del libro VI, Lucrecio nos advierte que éste será el libro con el que dé por terminada su obra:

*tu mihi supremae praescripta ad candida calcis
currenti spatium praemonstra, callida Musa
Calliope, requies hominum divumque voluptas,
te duce ut insigni capiam cum laude coronam* (VI, 92-95)

Tú a mí, que corro hacia la cándida línea de mi último objetivo, muéstrame la senda, oh astuta Musa Caliope, de hombres reposo y placer de dioses, para que, siendo tú mi guía, alcance con insigne alabanza mi corona.⁶⁵

De estos versos podemos colegir que existe entre *Calliope requies hominum divumque voluptas*, una conexión estrecha con el verso inicial de la obra *Aeneadum genetrix hominum divumque voluptas* (I, 1), lo que hace pensar, de inmediato, en una arquitectura del poema casi perfecta, en la que los elementos no obedecen a una disposición dictada por la locura y

⁶⁴ Cf. Petrus Crinitus (Pietro Ricci fiorentino, 1505), *De Poetis Latinis*, (II, cap. 19), quien en obvia referencia a san Jerónimo se refiere así a un poeta de su época del que no sabemos el nombre: *solebat per intervalla temporum ad Carmen accedere, non sine quondam animi furore, ut veteres autores ostendunt*.

⁶⁵ En la traducción española de estos versos es difícil conservar el juego de palabras establecido por el poeta entre *CALLida Musa*, *CALLiope*. Sin embargo, baste decir que juegos tan refinados de lenguaje como el que Lucrecio consigue en este último proemio, no son juegos azarosos o irreflexivos, sino más bien hablan de una agudeza mental que no es característica de un enfermo mental.

la demencia, sino a una mente completamente racional y estructurada, en la que principio, medio y fin han sido establecidos a conciencia.

Por otro lado, la historia del suicidio es otro de los datos transmitidos por Jerónimo que pueden ser catalogados como inexactos, sobre todo porque los autores antiguos que se ocuparon de Lucrecio no hacen mención de ello. Es el caso de Lactancio (*circa* 250-320 d. C., un excelente conocedor de Lucrecio y alumno de un excelente ‘lucreciano’ como Arnobio) quien jamás hace mención de la locura patológica del poeta ni de su suicidio, como se deja ver en el capítulo tercero de sus *Divinae Institutiones*, dedicado a condenar el suicidio como uno de los peores actos del hombre (III, 18 *quo nihil sceleratius fieri potest* – “nada puede suceder más atroz que eso”-), para hacer, después, un recorrido por todos aquellos escritores de la antigüedad que decidieron suicidarse *tamquam in caelum migraturi essent* (“como si fueran a migrar al cielo”) sin hacer una sola mención de Lucrecio cuyos versos sí utiliza, por el contrario, para referirse al suicidio de Demócrito.⁶⁶

Como vemos, pues, luego de este escueto recorrido por las noticias más relevantes sobre la vida de Lucrecio, es casi imposible establecer con certeza tanto las fechas de su vida y las de su muerte como otros hechos de la vida del poeta.⁶⁷ Su biografía sigue siendo un verdadero misterio para quien se acerque a ella, y también una constante invitación al estudio profundo de la doctrina expuesta por él. En el caso de Lucrecio, la única manera en que podemos conocer algo, con una certeza a medias, sobre el pensamiento del poeta es su poema mismo. Sólo lo que hace más de dos mil años escribiera Lucrecio en las noches de

⁶⁶ Cf. Lucr. III, 1039-1041: *denique Democritum postquam matura vetustas/ admonuit memores motus languescere mentis./ sponte sua leto caput obvius obtulit ipse*. El tópico del suicidio de los filósofos era parte del esquema biográfico de la época, por ejemplo, cf. D. L. VIII, 11, en donde se narra el suicidio de Empédocles, al arrojararse al monte Etna, luego de haber curado a una mujer a la que los médicos ya habían desausiado.

⁶⁷ Con todo, las fechas establecidas por San Jerónimo han sido reconocidas por muchos estudiosos como las más plausibles. Cf. Bailey, vol I, pp. 3-5; Canfora, p. 17.

vigilia y reflexión es lo que nos queda a quienes intentamos develar el misterio de su biografía.

Más allá de todos los prejuicios religiosos y los malentendidos doctrinarios que nos ha legado la tradición literaria, el *De rerum natura* debe leerse con ojos perspicaces y alma atenta, no sólo para apreciar la belleza infinita de sus páginas eternas, sino para entender, de manera un poco más profunda, el espíritu de su época, cuya grandeza, en buena medida es deudora del poema lucreciano.

2. Lucrecio y la poesía didáctica

2.1. Modelos y antecedentes griegos

Un objetivo importante de casi toda la literatura de la antigüedad fue la enseñanza. Desde Homero hasta Horacio, los escritores de la antigüedad clásica dotaron sus obras literarias de un carácter fundamentalmente docente, a veces explícito y otras no, mediante el cual pretendían investir sus escritos con una dignidad mayor.⁶⁸ La poesía jugó un papel preponderante en este sistema educacional implementado por la antigüedad, como puede verse en las discretas enseñanzas éticas que subyacen en los poemas de Homero.

Es el poeta griego Hesíodo, sin embargo, quien, de manera explícita, manifiesta como su principal objetivo la labor educativa. Su obra *Los trabajos y los días* representa el primer ejemplo de la utilización consciente de la poesía como un vehículo para la transmisión del conocimiento práctico-vital y es también, con esta obra, por la que Hesíodo puede ser considerado como el fundador del género conocido como ‘poesía didáctica’.⁶⁹

Pese a esto, los críticos literarios de la antigüedad no distinguieron, de manera expresa, entre el género épico y la poesía didáctica. A un buen número de las obras que hoy son consideradas didácticas, en aquél momento se les hacía depender, más bien, del género épico con el cual compartían el hexámetro y otros tantos elementos propios de esta forma literaria.⁷⁰ Incluso el mismo Aristóteles puso en cuestión la utilización de estos elementos al afirmar en su *Poética* que la obra de Empédocles no podía clasificarse como un poema pues ésta no era mimética, es decir, que sólo cumplía formalmente las características métricas de

⁶⁸ Cf. Mae Gruber, p. 41.

⁶⁹ Cf. Cox, p. 124.

⁷⁰ Cf. Dalzell, p. 20.

la poesía, pero temáticamente diferían.⁷¹ No fue sino hasta el s. IV d. C. que el gramático romano Servio estableció una clara distinción al usar el término latino *didascalice*, en el proemio a su comentario a las *Geórgicas* de Virgilio:⁷²

Hi libri didascalici sunt, unde necesse est, ut ad aliquem scribantur; nam praeceptum et doctoris et discipuli personam requirit; unde ad Maecenatem scribit [sc. Vergilius], sicut Hesiodus ad Persen, Lucretius ad Memium.

Estos libros son didácticos, por lo cual es necesario que sean escritos para alguien, pues el precepto requiere la persona tanto del maestro como del discípulo. Por eso, [Virgilio] escribe a Mecenas, Hesíodo a Perses y Lucrecio a Memio.

Definido en términos generales el origen del género, se puede decir que la poesía didáctica tiene como principal objetivo la enseñanza sistemática de una materia o la divulgación de un tema en particular. Su nombre proviene del término griego διδάσκειν, que significa *enseñar* (*docere*, en latín) y está definido por la materia misma de la que se ocupa. Los temas que puede abordar una poesía didáctica son muy amplios: van desde las reglas básicas para la agricultura, la astronomía, los cosméticos, los antídotos contra picaduras de serpientes hasta las maneras que existen para conquistar a las mujeres. Sin embargo, a pesar de que la didáctica transmite, principalmente, el conocimiento técnico de una materia, subyace en este género un trasfondo ético, por una parte, y parenético, por la otra.⁷³ El hecho mismo de enseñar reviste la materia tratada por el poeta y al poeta mismo de una

⁷¹ Arist., *Poetica* 1447b 13-20; cf. etiam Dalzell, p. 12.

⁷² Ser., *In Buc.*, I, 26.

⁷³ Parenéticos son todas las recomendaciones que el poeta didáctico da al destinatario de su poema, mientras que por ético entiendo no sólo tales exhortaciones sino la actitud misma del poeta y el valor de su testimonio. En el caso de Lucrecio no cabe duda de que, además de exhortaciones, lo que el poeta inculca es una forma de vida.

autoridad que los eleva de categoría frente a sus lectores haciéndoles ganar la confianza y la atención de éstos a lo largo de su exposición.⁷⁴ Esta autoridad, no obstante, no es propia sólo del género didáctico, aunque en general el poeta didáctico “must have some grounds for presuming to instruct the listener on a subject in which he or she is unknowledgeable.”⁷⁵ Así, muy frecuentemente, la autoridad que el poeta desea, la obtiene invocando a las Musas o a alguna divinidad que exalte su capacidad para enseñar, colocándolo en un lugar de superioridad.

Ésta fue la manera, por ejemplo, con la que Parménides y Empédocles, dos de los más grandes poetas-filósofos de la antigüedad, comenzaron sus disquisiciones filosóficas en verso. Ambos, adoptaron el hexámetro épico como medio para la difusión de sus planteamientos filosóficos, y en cualquiera de los dos pueden observarse resonancias implícitas homéricas y hesiódicas que tienen como fin expresar, mediante las técnicas utilizadas por sus antecesores, los conceptos más abstractos de su filosofía.⁷⁶

El modelo didáctico establecido, como hemos visto, por Hesíodo fue seguido por una buena cantidad de autores antiguos, particularmente en la época Helenística, en que la poesía didáctica recobró los bríos que había perdido desde el establecimiento de la prosa como medio de divulgación científica y filosófica a partir de los *Diálogos* platónicos. Arato y Nicandro, entre otros,⁷⁷ fueron los ejemplos más brillantes de la poesía didáctica en el período helenístico. El desarrollo de la poesía didáctica que propusieron estos autores consistía en la exposición de cualquier materia mediante un arte poético sumamente

⁷⁴ Volk, p. 3: “The first-person speaker or person of these texts, who is always clearly identified as the poet is usually very prominent and almost never fails to comment on his role as the creator of the poem, often at great length.”

⁷⁵ Mae Gruber, p. 47.

⁷⁶ *Ibid.*, pp 105-113.

⁷⁷ No hay que olvidar, por ejemplo, el importante papel que jugaron en la constitución de esta poesía eruditos como Calímaco, Apolonio de Rodas, etc. Para un estudio más detallado sobre la poesía helenística cf. Körte-Händel, 1960, *passim*.

refinado, que distinguía y alejaba, a la vez, su poesía del objetivo ético planteado por Hesíodo.⁷⁸ Ahora bien, los poetas, más que aspirar a la sabiduría, pretendían la simple erudición y la elegancia exacerbada de sus versos; más que ver en este género un infalible método docente, vieron un instrumento artístico que ponía de relieve sus grandes dotes creativas y su inacabable erudición. Lo que había comenzado siendo un método para la educación de un pueblo terminó por convertirse, durante la época helenística, en el deleite de hombres educados en la más alta cultura.⁷⁹

2.2. Desarrollos romanos

Lo mismo que la griega, la literatura latina poseía una proclividad innata hacia la enseñanza. Todos los autores del período arcaico como Livio Andronico, Lucilio y Enio, escribieron sus obras pensando no sólo en el deleite de sus lectores sino también en su formación anímica e intelectual. El pueblo romano apreciaba en la literatura la relación inmediata que ésta podía ofrecer con la vida real, con su cotidianidad, y era en función de esto que cada escritor se decantaba por el género literario que más adecuado le parecía a su naturaleza y a sus necesidades expresivas.⁸⁰

Así, el poeta Enio fue quien dio forma, en Roma, al género didáctico al escribir un poema sobre los placeres del gusto intitulado *Hedyphagetica* (ca. 183 a. C.) del que nos han llegado sólo algunos versos que tratan sobre algunas riquezas culinarias del mar.⁸¹ También

⁷⁸ Cf. Gale, 2001, p. 104.

⁷⁹ Fuhrman, p. 135: “cuanto menos poética y más complicada temáticamente fuese la materia, tanto más brillaba un arte que se mostraba capaz de significarlo poéticamente por medio de una expresión de elevado refinamiento estilístico y estricta disciplina métrica. Con esta finalidad de carácter puramente habilidoso se dio de lado la preparación especializada del poeta.”

⁸⁰ Cf. Von Albrecht, p. 271.

⁸¹ Sellar, p. 69: “Ennius occupies by far the most prominent position among the early Roman poets [...] The Romans themselves esteemed him as a father of their literature, -the Homer of Italy. While owing his fame chiefly to his success in epic and tragic poetry he displayed an extensive learning and very varied activity in

sus obras *Ephicarmus* y *Euhemerus* pueden considerarse dentro del género didáctico, aun cuando todavía se discute si fueron escritas en prosa o en verso, lo que ha sido imposible establecer con toda certeza debido a la carencia de fragmentos.

La obra que continúa la tradición de la poesía didáctica en el Lacio es la traducción que hizo Cicerón de los *Phaenomena* del poeta alejandrino Arato, y a los que se ha conocido desde entonces como *Aratea*, un poema astronómico con el que el orador hizo evidentes sus dotes como versificador en lengua latina y que contribuyó, en buena medida, al desarrollo posterior del *De rerum natura* de Lucrecio.⁸² Aunque inferior en estilo y elegancia, si los comparamos con sus magistrales obras retóricas, los *Aratea* de Cicerón probaron que el sentimiento artístico de los romanos veía con buenos ojos el desarrollo de la poesía didáctica. Es posible decir con Bickel que el objetivo de Cicerón, al traducir este poema didáctico a la lengua latina, “no estriba en facilitar la tarea de enseñar y aprender, sino en crear sentimientos artísticos y cohonestar el goce con la cultura.”⁸³

Por su parte, Varrón, el gran erudito romano, compuso también un poema didáctico al que dio el nombre de *Chronographia*, mientras que autores como Emilio Marco y Valgio Rufo escribieron, respectivamente, una *Ornitogonia* y un libro *Sobre las hierbas*.⁸⁴

Poseemos también cortos fragmentos de obras consideradas didácticas como los *Empedoclea*, escritos por un tal Salustio al que estudiosos como Luciano Canfora, en su obra *Vita di Lucrezio*, han querido ver como el mismo escritor del *Bellum Iugurtinum*.⁸⁵

other branches of literature. He did more than any other man to fix the permanent character of Roman poetry, by his bold application of Greek metres and forms of art to the Roman language and to subjects of Roman interest.”

⁸² Cf. Merrill, p. 143.

⁸³ Cf. Bickel, p. 493.

⁸⁴ Cf. Gale, 2001, p. 105.

⁸⁵ Canfora, p. 62: “Giacché Sallustio è anche, con qualche probabilità, l'autore in gioventù di un poema che rispondeva o traduceva il poema fisico di Empedocle (e Cicerone lo nomina perciò insieme a Lucrezio nella lettera II, 9 a Quinto.)”

Este poema, del que poseemos unos cuantos fragmentos es un ejercicio ecléctico de pitagorismo y de física empedoclea que no sorprende en el contexto filosófico que enmarca los descubrimientos de la filosofía griega en Roma; incluso Cicerón mismo habla de él comparándolo con el *De rerum natura* lucreciano (*ad Quintum*, II, 9, 3).

El período augusteo, por su parte, produjo tres grandes obras que son el corolario del desarrollo de la poesía didáctica en el Lacio. Aunque de temáticas diferentes entre sí, los poemas didácticos de Virgilio (*Georgica*), de Ovidio (*Ars amatoria*) y de Horacio (*Ars poetica*) son muy significativos, pues marcan el inicio de una nueva época para la literatura romana. La naturaleza, el amor y la técnica poética son retratados por estos tres poetas con la elegancia y la técnica propias de una literatura que ha alcanzado su óptimo desarrollo. Contrario a lo hecho por Lucrecio en su poema sobre la naturaleza, los poetas augusteos condujeron al *summum* de la creación sus obras literarias. La tendencia arcaizante de Lucrecio cedió el paso a la refinación técnica y a la exquisitez. Las construcciones poéticas perdieron, quizá, en fuerza expresiva, pero ganaron en ritmo y cadencia.⁸⁶ Virgilio con sus *Geórgicas* hizo una magistral exposición de la naturaleza que se coloca más en la tradición de Arato que en la de Lucrecio, aunque a tal grado es indudable el influjo que Lucrecio ejerció sobre el poeta mantuano que éste imitó, no sólo en su obra didáctica sino también en su culmen poético, la *Eneida*, un sinfín de construcciones lucrecianas y elogió en sus *Geórgicas*, aunque sin nombrarlo, al expositor de la naturaleza de las cosas (*Georg.* II, 490 y ss):

felix qui potuit rerum cognoscere causas

⁸⁶ Cf. Sellar, p. 315.

*atque metus omnis et inexorabile fatum
subiecit pedibus strepitumque Acherontis avari*

Feliz el que pudo conocer las causas de las cosas y de todo el miedo, y puso a sus pies al feroz inexorable y al estrépito del Aqueronte avaro⁸⁷

Horacio, por su parte, sienta las bases fundamentales de la poesía, el orden que su composición debe seguir y la manera en la que debe tratarse un tema poético. Equipara elementos poéticos a elementos retóricos propios de un *sermo* cuando al inicio de su obra se refiere a la *inventio* (*Ars Poetica*, 40 y ss):⁸⁸

*... cui lecta potenter erit res,
nec facundia deseret hunc nec lucidus ordo.
ordinis haec virtus erit et venus, aut ego fallor,
ut iam nunc dicat iam nunc debentia dici,
pleraque differat et praesens in tempus omittat.*

a quien posea un argumento elegido de manera eficaz, jamás lo abandonará la elocuencia ni un lúcido ordenamiento. Tal será la virtud y el goce del orden, o acaso me equivoco, que se diga ahora lo que debe ser dicho al instante, y se aplace lo restante y se omita en el tiempo presente.

⁸⁷ Cf. Lucr. III, 37 y ss: *et metus ille foras praeceps Acheruntis agendus / funditus humanam qui vitam turbat ab imo / omnia suffundens mortis nigrore neque ullam / esse voluptatem liquidam puramque relinquit*. Baste recordar, por otra parte, las innumerables menciones que Servio, el gran comentador de la obra de Virgilio, hace de los símiles que guarda la poesía virgiliana con la obra de Lucrecio. Para un estudio más detallado de la influencia de la poesía lucreciana en la del poeta mantuano, cf. Gale, 2004, pp. 1-18.

⁸⁸ Cf. Von Albrecht, p. 662 y ss.

Ovidio, finalmente, con cierto dejo de ironía, “proporciona una sistematización de la materia de la elegía amorosa en forma de un poema didáctico erótico-elegíaco: el *Ars Amandi*.”⁸⁹

*si quis in hoc artem populo non novit amandi,
hoc legat et lecto carmine doctus amet.
arte citae veloque rates remoque moventur,
arte leves currus: arte regendus Amor. (I, 1-4)*

si alguno en este pueblo no ha conocido de amar el arte, lea este poema, y una vez leído ame sabiamente. Muévense raudas las naves por el arte de la vela y el remo, por el arte ligeros corren los carros: ríjase Amor, entonces, por el arte.

Posteriores a estas obras son los fragmentos de lo que podría tomarse como una traducción de la *Theriaca* y de la *Alexipharmaca* de Nicandro, realizadas por Emilio Macer (ca. 16 a. C.) y por Germanico César (ca. 15 a. C.). Ya en época imperial son obras dignas de mención los *Astronomica* de Manilio y el *Cynegeticon* de Gratio.

Así, pues, la poesía didáctica adquiere, como hemos visto, una vida propia según las necesidades personales de cada poeta, de su contexto histórico y de su realidad. Sin embargo, la didáctica latina conserva ciertos rasgos característicos a lo largo de su desarrollo, como son los largos proemios que introducen el tema, las digresiones y, en muchos casos, la brevedad de la obra. El metro predominante en la poesía didáctica latina

⁸⁹ Cf. *Ibid.*, p. 273.

es el metro épico (hexámetro), aunque es posible que la raíz de ciertos poemas didácticos emane de estilos literarios diversos como la elegía, la sátira y la epístola.⁹⁰

Éste es, a muy grandes rasgos, el trasfondo literario en que Lucrecio da vida a uno de los poemas más hermosos de la antigüedad clásica. Su estilo, aunque silenciado por casi la totalidad de los poetas que lo sucedieron, influyó de manera decisiva en la composición de los poemas didácticos subsecuentes.

2.3. Lucrecio y la didáctica filosófica

*insignem conscendere curram.*⁹¹

No cabe duda que, en términos estrictamente formales, el *De rerum natura* pertenece al género de la poesía didáctica. Comparte con ella, en mayor o menor medida, casi todos sus elementos constituyentes: el hexámetro, las construcciones, las metáforas, los símiles y las analogías. Como todo poema didáctico, el de Lucrecio también está dirigido a un destinatario específico, en este caso a Memio, con quien el poeta establece una relación de *preceptor-discípulo* que resulta evidente incluso en los momentos en que el poeta parece dirigirse a Memio con cierta familiaridad (e.g. I, 26, 145-146).⁹² Los *excursus* o digresiones que sirven al poeta para relajar la tensión de su lógica expositiva, acompañados de períodos de transición, propios de la didáctica, también son utilizados profusamente por Lucrecio. El carácter didáctico de la obra en su conjunto se manifiesta, pues, mediante el recurrente uso que el poeta hace de verbos como *docere*, *expedire*, *pandere*, todos ellos con el significado

⁹⁰ Cf. Ibid, p. 274. Por ejemplo, la última parte del libro IV de Lucrecio en que se aborda el amor y sus nefastas consecuencias para el que aspira a la tranquilidad del alma, tiene tintes tanto de elegía amorosa como de sátira. Cf. Dudley, p. 115 y ss.

⁹¹ Lucr. VI, 47.

⁹² Cf. Gale, 2001, pp. 22-31.

de ‘enseñar’, ‘exponer’, ‘explicar’,⁹³ o de imperativos como *adhibe, audi, age*, con los que el poeta se dirige a su destinatario con la autoridad de un profesor. Incluso sentencias de carácter formular como *id quod iam supra ostendimus ante* o *paulo quod diximus ante* ponen de manifiesto el carácter formalmente didáctico de la obra.

Sin embargo, reducir el poema lucreciano a la simple exposición magistral de una materia sería anular por completo la esencia de su objetivo. El proyecto educador de Lucrecio no podía limitarse a emular la poesía didáctica de su tiempo como, por ejemplo, sí lo hizo la traducción ciceroniana de los *Phaenomena*, pues no sólo pretendía informar, sino instruir a sus lectores en la verdad de la filosofía epicúrea. El *De rerum natura* no es sólo una pieza de divulgación epicúrea “sino, por encima de todo, un intento de liberar a los romanos de los miedos y las supersticiones.”⁹⁴ En este sentido, la relación que Lucrecio establece con su destinatario difiere de la establecida por sus predecesores didácticos.⁹⁵ Lucrecio no sólo se dirige a Memio, sino a un público mucho más amplio, a todos sus lectores, con un objetivo preciso, a saber, el de establecer un “diálogo” con ellos que le permita convencerlos de la supremacía de sus argumentos. Este hecho, como bien lo señala Daniel Marković, no es una característica de la didáctica, sino de la tradición filosófica:

⁹³ El verbo *docere*, por ejemplo, en la primera persona singular del pretérito perfecto, *docui*, aparece 26 veces a lo largo del poema, mientras que el verbo *expedire*, en la primera persona singular del futuro imperfecto, *expediam*, aparece 11 veces. En el caso del verbo *pandere*, sólo se registra una aparición en el proemio del libro I (v. 55) bajo la forma de la primera persona singular del futuro imperfecto, *pandam*.

⁹⁴ Cf. Mas, p. 165.

⁹⁵ Cf. Mae Gruber, p. 55. La autora ejemplifica, específicamente, las diferencias que existen entre el destinatario de Hesíodo, Perses, y el de Lucrecio: “Lucretius follows the didactic tradition of assigning a dedicatee to the poem, but the instruction is not for Memmius alone, any more than Hesiod’s *Works and Days* had a Perses as its sole audience. The dedicatee functions as a medium through which the poet can address the reader [...] Lucretius portrays the student engaging and participating in the learning process, and in this process the reader is also engaging and participating.”

Lucretius' addressee/reader has been cast as an actively engaged interlocutor, and his participation in the text generates constant dialogue, creating a dynamic of gradual progress throughout the course poem. This dynamics of dialogue is not a characteristic of the didactic, but of the philosophical tradition, and regular elimination of potential objections, are the most probable source of Lucretius' strategy. [...] we observe that the poet's central drive is to subordinate literary convention to the higher goal of philosophical instruction.⁹⁶

Esta inclinación filosófica en esencia rige el desarrollo del poema lucreciano, y fue la misma que motivó al estudioso alemán Michael von Albrecht a afirmar que Lucrecio “creó una didáctica filosófica de ambiciones presocráticas.”⁹⁷ En efecto, esto puede comprobarse en la refutación que el poeta hizo de los planteamientos filosóficos hechos por autores como Heráclito, Anaxágoras o Empédocles. Por ejemplo, al hablar de las *homeomerías* de Anaxágoras (I, 830-920),⁹⁸ Lucrecio utiliza un método *expositivo-argumentativo* que consiste en citar el pasaje a debatir y, en seguida, aportar una serie de argumentos que tienen como objetivo demostrar la falsedad, desde el punto de vista epicúreo, de este supuesto. El uso de los pasajes tomados de otros autores, especialmente de los poetas, sirvió a Lucrecio para corroborar sus pruebas y sus refutaciones y, a la vez, para apropiarse de la autoridad de los grandes escritores de la antigüedad. Este procedimiento, en efecto, estuvo relacionado con el manejo retórico de la poesía en la educación literaria, sobre todo durante la época helenística. Sin embargo, en el *De rerum natura*, la cita y la discusión de

⁹⁶ Marcović, p. 45.

⁹⁷ Von Albrecht, p. 271.

⁹⁸ Sobre el término *homeomería* es conveniente decir que no aparece en los fragmentos que poseemos de Anaxágoras. Es Aristóteles el primero en servirse de este término para referirse al postulado de Anaxágoras, por lo que podría decirse que es muy probable que Lucrecio haya hecho una lectura ‘aristotelizante’ de Anaxágoras. Esto no es algo descabellado si pensamos, con Bignone, que Epicuro abrevó de ciertas obras Arsitotélicas y muchas de ellas también las criticó arduamente. Cf. Bigone, 1936, p. 250 et *passim*.

pasajes tomados de otros poetas se debe, más bien, a una vieja tradición de discusión filosófica desarrollada, largamente, en la educación literaria antigua.⁹⁹

Otro rasgo característico de la poesía didáctica son los proemios, en los que el poeta suele hacer una invocación a la Musa y presentar la materia a tratar. En los proemios lucrecianos, por el contrario, a quien invoca el poeta es a Venus, a la filosofía, a la poesía y a Epicuro.¹⁰⁰ No es sino hasta el proemio del libro VI que Lucrecio invoca a la Musa Calíope, rogándole que lo conduzca hacia el fin de su empresa con éxito, de manera que pueda coronarse con los laureles de la poesía:

*tu mihi supremae praescripta ad candida calcis
currenti spatium praemonstra, callida musa
Calliope, requies hominum divumque voluptas,
te duce ut insigni capiam cum laude coronam.* (VI, 91-95)

Tú a mí, que corro hacia la cándida línea de mi último objetivo, muéstrame la senda, oh astuta Musa Calíope, de hombres reposo y placer de dioses, para que, siendo tú mi guía, alcance con insigne alabanza mi corona.¹⁰¹

Por otra parte, el hecho de invocar en el proemio inicial del *De rerum natura* a Venus y no a alguna Musa, como a Calíope en el libro VI, descubre un símbolo de la esencia y del objetivo mismo del poema. Mucho se ha discutido la posible contradicción que implicaba

⁹⁹ Cf. Marković, p. 55.

¹⁰⁰ Por lo general los poemas didácticos tenían una extensión mucho menor a la de los poemas épicos, por lo que la división en libros no era necesaria. Lucrecio, en este caso, es también la excepción, pues su poema es un poema de dimensiones, literalmente, épicas. Tiene un total de 7,415 versos y está dividido en seis libros, por lo que el poeta se vio en la necesidad de escribir un proemio para cada libro.

¹⁰¹ Este verso ya ha sido tratado en el capítulo anterior, pero aquí lo repito porque sirve para el desarrollo de mi exposición.

que un autor como Lucrecio,¹⁰² fiel seguidor de Epicuro, cuyo fin principal radicaba en la abolición del miedo a la superstición y a la intervención de los dioses en los asuntos humanos, invocara justamente a una divinidad como Venus. Sin embargo, la Venus de Lucrecio adquiere un papel relevante no como una divinidad sino como una fuerza física explicada, desde sus cimientos, a lo largo de todo el poema. La Venus lucreciana posee una doble cara: es por una parte el elemento físico que constituye y rige todas las cosas y, por la otra, el elemento placentero y creador.¹⁰³ Ella es, desde mi punto de vista, la máxima representación del entrecruzamiento de poesía y filosofía, de placer y liberación que el poeta pretende hacer evidente a los ojos de sus lectores.¹⁰⁴

En un ambiente como el romano, en que la poesía mitológica era aquello que esperaban los lectores, Lucrecio se atrevió a fundar un poema basado en el mundo verdadero. Las largas disquisiciones en que el poeta análoga los procesos físicos de los átomos con la evidencia de los actos cotidianos del hombre, dan vida a una poesía preocupada, básicamente, por la realidad. La explicación del mundo que da Lucrecio, aunque limitada por las carencias científicas y tecnológicas de su tiempo, manifiesta una intención filosófica en cada verso; el ornamento métrico y lingüístico abre sus largos brazos no sólo para endulzar un mensaje sino para clarificarlo desde su interior. El poeta no sólo retrata artísticamente una realidad sino que la expone de manera racional, sin tapujos, en su hermosa y cruel desnudez. Incluso pasiones tan irracionales como el amor o miedos tan profundos e inexplicables como el miedo a la muerte, son explicados desde un enfoque meramente racional. La causa que los provoca no es buscada en el capricho o en la potestad

¹⁰² Cf. Broccia, pp. 335-361; Waskin, p. 245.

¹⁰³ Cf. Lucr. I, 21, 28. La Venus de Lucrecio puede ser, quizá, una reelaboración del concepto empedócleo φιλότης. Para un análisis más profundo sobre este punto remitimos a la obra de Myrto Garani *Empedocles Redivivus. Poetry and analogy in Lucretius*, publicada en Londres en el 2007.

¹⁰⁴ Cf. Boyancé, 1962, pp. 404 y ss.

divina, sino más bien en la naturaleza misma del hombre. El temor religioso que hace vivir intranquilos a los hombres se evapora con los argumentos de la poesía lucreciana, que más allá de negar la existencia de los dioses, les otorga a éstos una supremacía incorruptible que debe ser emulada por todo aquél que aspire a vivir de manera tranquila y feliz.

Si bien puede decirse que, en ocasiones, la imaginación lucreciana desentona con el lenguaje científico de la filosofía epicúrea, lo cierto es que, por erradas que parezcan muchas de las comparaciones hechas por Lucrecio a la luz de la ciencia, sin ellas el poema carecería de toda validez filosófica y sería sólo un poema didáctico más.¹⁰⁵

Sin embargo, el poema lucreciano posee muchos elementos propios más de la tradición filosófica que del género didáctico. Sería imposible, por ejemplo, tratar de leer el *De rerum natura* sin cuestionarse continuamente por la verdad o la falsedad de sus aseveraciones, o tratar de apreciar sólo la belleza poética de su contenido.¹⁰⁶ El desarrollo gradual de sus argumentos y la insistencia constante del poeta por ganar nuestra atención a cualquier precio ponen de manifiesto la naturaleza filosófica del poema que, además de acariciar, con su armonía, el oído y los ojos de sus lectores, tiene como principal objetivo develar la verdad epicúrea. La didáctica filosófica que escribe Lucrecio invita al lector no sólo a apreciar el genio de su naturaleza y de su lengua poética sino, sobre todo, a apreciar lo que subyace detrás de esta hermosa parafernalia lingüística: los valores humanos y la importancia de la razón para entenderlos.

¹⁰⁵ Debe tenerse en cuenta también que, como se ha dicho líneas arriba, incluso la magnitud de la obra es contrastante con la forma de los demás poemas pertenecientes a este género. En efecto, no sólo la amplitud y la naturaleza del poema forzaron a Lucrecio a dividir su obra en seis libros, sino que, con mucha probabilidad, esta división obedece a la influencia filosófica de Epicuro, quien solía dividir sus obras en varios libros, como lo evidencia la ahora muy fragmentaria obra de nombre *Περὶ φύσεως*, dividida en 37 libros y de la que, sin duda alguna, Lucrecio abrevó.

¹⁰⁶ Cf. Dalzell, p. 16.

2.4. Compendio de la obra

Libro I

Luego de invocar a Venus, Lucrecio anuncia la temática de su obra, a saber, los átomos, su creación y su disolución. Ensalza a Epicuro como el único capaz de vencer la religión (*religio*). Explica la naturaleza del alma, así como la de la meteorología. Desarrolla su teoría de las percepciones sensibles, y subraya la dificultad que supone tratar en latín cuestiones científicas (1-148). Nada puede nacer de la nada, ni nada reducirse a la nada (149-246). Átomos invisibles y vacío son los componentes de todo; una tercera entidad queda absolutamente excluida. El tiempo por sí solo carece de sentido (265-482). La naturaleza de los átomos es compacta, y éstos son eternos e indivisibles. Refutación de las doctrinas de Heráclito, Empédocles y Anaxágoras (483-920). Se presenta Lucrecio semejante a un médico y analoga la poesía con un fármaco curativo (921-950). Espacio y materia son infinitos, y los átomos no pueden moverse hacia el centro (951-1117).

Libro II

El hombre deviene sabio y se libera del temor a la muerte y a los dioses a través del conocimiento de la naturaleza (1-61). El movimiento de los átomos es constante, y éstos pueden permanecer aislados o en grupos; el movimiento de los átomos es diverso y, en ocasiones, desordenado (62-164). Puesto que el mundo que habitamos los humanos posee infinidad de defectos, no pudo haber sido creado por los dioses (165-183). Los átomos caen hacia abajo movidos por su peso, y del choque entre ellos (generado merced a una leve inclinación: el *clinamen*) surgen las cosas. Este incesante movimiento de los átomos, no puede ser percibido, sin embargo, por la pequeñez de éstos (184-332). La forma de los átomos es de un número limitado, pero de cada una de estas formas existe un número infinito de ejemplares (33-568), que se forman y se disuelven constantemente (569-580). La tierra –mítica madre de los dioses, como el mismo Lucrecio la llama contiene átomos de muy variados tipos. Cada especie de animales obtiene de su alimento aquellos recursos que le son necesarios e indispensables. No todos los átomos pueden unirse entre sí (581-729).

Los átomos carecen de cualidades secundarias como olor, sabor, color, y aunque son insensibles, tienen la posibilidad de dar vida a seres sensibles (730-1022). El poeta nos advierte que nuestro cosmos no es el único, y que ninguna divinidad interviene en los hechos humanos y de la naturaleza (1023-1174).

Libro III

Epicuro ha levantado la venda de los ojos de Lucrecio sobre los secretos de la naturaleza (1-30). El poeta explica la naturaleza del alma e invita a superar el temor a la muerte (31-93). Diferencia entre *animus* (que tiene su sede en el pecho del hombre y que no es sólo una parte, ni una armonía entre las partes del hombre) y *anima* que, supeditada a aquél, habita en todo el cuerpo (94-160). Ambos son corpóreos. El *animus* está constituido de átomos particularmente pequeños, una mezcla de aire, viento, calor y una cuarta sustancia de la que el poeta no habla. La relación de estos componentes da como resultado el origen de los diversos temperamentos animales y humanos. Cuerpo y alma se encuentran muy íntimamente vinculados entre sí. Lucrecio combate la idea de que sólo para el alma se hacen presentes las percepciones, quedando fuera el cuerpo de estas sensaciones. Manifiesta la superioridad del *animus* frente al *anima* (231-416). El alma es mortal: nace, crece y muere al mismo tiempo que el cuerpo, cuya muerte provoca, a su vez, la muerte del alma. El alma no es mortal, porque es divisible, ni proviene de un lugar exterior y ajeno al cuerpo, sino que está estrechamente vinculada con él. En la *metempsychosis* se sobreentiende un cambio, lo que contradice la idea de la inmortalidad (417-829). Puesto que el alma es mortal, la muerte no debe interesarnos en lo más mínimo, toda vez que muertos, mueren también nuestras percepciones. La superstición genera ilusiones. La vida es como el alquiler de una casa, el cual debe uno abandonar una vez llegada la hora. Todos, incluso los hombres más grandes, mueren. La felicidad no se consigue con la desesperación o el desenfreno. A nadie está concedido el escapar a la muerte (830-1094).

Libro IV

Alabanza y defensa de la poesía (1-25). Lucrecio habla de las percepciones sensibles. De las superficies de los cuerpos son emitidos simulacros compuestos por átomos sutilísimos (26-126). Hay, sin embargo, imágenes que se producen por sí solas en el aire (127-142), que pueden penetrar el vidrio y otras sustancias permeables, pero no materiales compactos. La velocidad a la que se mueven es altísima (143-215). Estas imágenes son las que nos facilitan la visión de las cosas. Lucrecio explica por qué podemos medir la distancia que hay de un objeto hasta nosotros y percibir no el simulacro sino el objeto mismo; por qué la imagen especular parece colocada detrás del espejo, por qué aparece invertida, cómo se realiza el deslumbramiento, por qué torres cuadradas a lo lejos parecen torres redondas y por qué nos acompaña la sombra (216-378). El juicio es el que se equivoca con las llamadas ilusiones ópticas, pues interpreta sus percepciones. Las percepciones de los sentidos son fidedignas (379-521). Luego de hacer una disquisición sobre los sentidos (el oído, el gusto, el olfato y otras funciones corporales), Lucrecio aborda las imágenes del pensamiento y del ensueño (722-821) y rechaza una antropología teológica (822-857). Aborda después fenómenos psicossomáticos como el hambre, el movimiento como un acto voluntario, el sueño y el amor sexual (858-1287).

Libro V

Comienza Lucrecio alabando a Epicuro y enuncia los temas a tratarse en este libro (1-90). El mundo no es divino y de ahí su carácter perecedero. En el mundo no se encuentra la morada de los dioses, puesto que ellos no lo han creado (91-234). Todos los elementos están sujetos a transformaciones. Estas transformaciones limitan nuestra memoria histórica y dificultan la comprensión del conocimiento de épocas más antiguas; lo que aparece como una muestra más de la caducidad de todas las cosas. Sólo los átomos y el vacío son eternos. La pugna entre los elementos puede provocar episodios catastróficos como un incendio cósmico similar al de Faetón o un diluvio universal (235- 415). El origen del cosmos es el resultado de una mezcla de átomos diferentes, acontecida en el caos; la separación de los átomos provoca la unión de átomos semejantes que se ordenan según su propio peso y sus

propias cualidades (416-508). Para Lucrecio los fenómenos astronómicos se deben a causas diversas que intenta explicar a partir de la filosofía de Epicuro; sostiene que aun cuando el sol nos parezca demasiado grande, se forma día con día. Cree en la posibilidad de que la luna tenga luz propia y de que sus fases puedan ser producidas por otros cuerpos celestes que la esconden (507-771). Explica el origen de plantas, pájaros y animales. Todos éstos se han generado, dice Lucrecio, en el seno de la madre tierra cuando aún era capaz de generarlos. Sólo sobrevivieron los más fuertes (772-924). Después de las primeras comunidades humanas, tiene origen la vida civil, gracias a la creación de casas y vestimentas para la familia (925-1027). El principio de la utilidad es lo que origina el lenguaje y no un individuo (1028-1090). La dominación humana sobre el fuego provoca la fundación de ciudades por sabios reyes; la fuerza y la belleza son sustituidas por el descubrimiento del oro. La caída de los reyes da pie a la invención y al desarrollo del derecho (1091-1160). Las figuras sublimes de los dioses son los que ponen al tanto a los hombres de su existencia; en contraste con la verdadera devoción, que está unida a la serenidad del alma, la ignorancia produce un infundado temor a los dioses (1161-1240). Narra el descubrimiento de la metalurgia, la equitación, los carros de combate, y la utilización de elefantes y otros animales en el campo de batalla (1241-1349). Aparecen, por fin, el tejido, la agricultura, la música, la astronomía, la literatura y las artes. No obstante, la codicia y la furia bélica ensombrecen y lastiman la imagen del progreso (1350-1457).

Libro VI

En Atenas nacen la agricultura, las leyes y el gran maestro Epicuro (1-41). El tema que Lucrecio aborda en este libro es la meteorología, para lo cual invoca en su ayuda a la musa Calíope (45-93). Da la explicación del trueno y de los rayos (96-422), las trombas marinas (423-450), las nubes, la lluvia, la nieve, el granizo (451-534), los terremotos (535-607), las corrientes de agua (608-638), el vulcanismo (639-702). Habla sobre las inundaciones del Nilo y sobre el Averno (712-905), lo mismo que del magnetismo (906-1089). Termina narrando las enfermedades, poniendo especial atención en la peste de Atenas (1090-1286).

3. Lucrecio: una poética de la liberación

*Nam ut dicebat Cleanthes: 'quemadmodum spiritus noster
clariorem sonum redit cum illum tuba per longi canalis
angustias tractum patientiore novissime exitu effudit, sic
sensus nostros clariores carminis arta necessitas efficit.'*
Sen. *ad Luc.*, 108, 10

3.1. Epicuro y la poesía

La filosofía de Epicuro era una filosofía liberadora. Producto de una época en crisis, la doctrina del Jardín buscaba y prometía a sus semejantes la felicidad, a la vez que se ofrecía como un remedio contra el dolor y los sufrimientos, y como la medicina indispensable contra las enfermedades de la vida intelectual.¹⁰⁷ Como cualquier filosofía helenística, su centro de gravedad radicaba en la práctica cotidiana de la virtud, en la búsqueda de la sabiduría y en la vida contemplativa, mediante el cotidiano acto de filosofar:

Μήτε νέος τις ὄν μελλέτω φιλοσοφεῖν μήτε γέρον ὑπάρχων κοπιάτω φιλοσοφῶν. οὔτε γάρ ἄωρος οὐδεὶς ἔστιν οὔτε πάρωρος πρὸς τὸ κατὰ ψυχὴν ὑγιαῖνον. [...] ὥστε φιλοσοφητέον καὶ νέωι καὶ γέροντι, τῷ μὲν ὅπως γεράσκων νεάζῃ τοῖς ἀγαθοῖς διὰ τὴν χάριν τῶν γεγονότων, τῷ δὲ ὅπως νέος ἅμα καὶ παλαιὸς ἢ διὰ τὴν ἀφοβίαν τῶν μελλόντων· μελετᾶν οὖν χρὴ τὰ ποιοῦντα τὴν εὐδαιμονίαν, εἴπερ παρούσης μὲν αὐτῆς πάντα ἔχομεν, ἀπούσης δὲ πάντα πράττομεν εἰς τὸ ταύτην ἔχειν.¹⁰⁸

Ni alguno por ser joven dude en filosofar ni otro por ser viejo se canse de filosofar. Pues nadie es tan inmaduro ni tan maduro para salvar su alma. [...] De modo que deben filosofar tanto el joven como el viejo, éste para que, aún siendo viejo, rejuvenezca en bienes, por la gracia de las cosas pasadas, aquél para que, a la vez, sea joven y viejo, por su impavidez ante las cosas futuras. Es necesario, pues, meditar qué cosas producen la

¹⁰⁷ Cf. García Gual, p. 13.

¹⁰⁸ Cf. Epic. *ad Moen.*, § 122.

felicidad, si estando presente [ésta] lo tenemos todo, y si faltando hacemos cualquier cosa para conseguirla.

Como lo manifiesta el pasaje anterior, para el epicureísmo todo aquel que quisiera alcanzar la sabiduría y la felicidad debía entender el funcionamiento de las leyes de la naturaleza mediante la observación y la reflexión constante de sus procesos.¹⁰⁹ Sólo recorriendo este camino el hombre sería capaz de alcanzar la verdad de las cosas y en consecuencia la libertad espiritual. No había para Epicuro y el epicureísmo otro camino más que éste: la filosofía.

Por eso, la actitud de Epicuro frente al sistema educativo de su época era, por decir lo menos, hostil. Éste, según el filósofo, se fundamentaba en la implementación de mitos que eran contrarios a la verdad y que no daban una respuesta a las preguntas sobre la naturaleza de las cosas y sus causas. De allí que, ya desde adolescente, Epicuro haya decidido abandonar la escuela para consagrarse por completo a la filosofía.¹¹⁰ Su rechazo a la retórica y a la poesía, que entonces eran el fundamento de la *paideía* griega, se debía a que la primera buscaba sólo conseguir el aplauso lisonjero del auditorio,¹¹¹ mientras que la segunda inculcaba en las almas de los lectores y de los oyentes mitos y supersticiones banales que turbaban su alma y los hacían vivir una vida intranquila y gobernada por el miedo y la incertidumbre.¹¹² Por eso en una carta dirigida a Pitocles, uno de sus más cercanos discípulos, Epicuro le recomienda alejarse de todo lo que tuviera que ver con la educación tradicional:

¹⁰⁹ Cf. Epic. *ad Hdt.*, § 38-40.

¹¹⁰ Cf. D. L. X, 1.

¹¹¹ Ibid, X, 2-3.

¹¹² Cf. Us. fr. 229.

παιδείαν δὲ πᾶσαν, μακάριε, φεῦγε τὰ κάτιον ἀράμενος¹¹³

huye, querido [amigo], de cualquier educación [tradicional], siendo llevado en un pequeño y veloz bajel.

Al ser la filosofía de Epicuro un intento por abolir el miedo a la divinidad y la preocupación del hombre por los castigos eternos en el inframundo, era evidente que no podía aceptar las falsas historias sobre los dioses presentadas en los poemas tradicionales.¹¹⁴ Los dioses para Epicuro nada tenían que ver con la imagen cruel, vengativa y caprichosa que se presentaba en los escritores de poesía de aquella época. Por el contrario, para Epicuro los dioses eran por completo incorruptibles y felices y su existencia debía ser considerada por todos como una imagen a emular.¹¹⁵

De allí, pues, que todo aquel que dedicara su tiempo a la lectura de los poetas con un afán inquisidor y para tratar de encontrar la verdad, perdía su tiempo porque, para Epicuro, no había ninguna utilidad que la poesía pudiera brindar en este sentido.¹¹⁶ Sólo el hombre sabio estaba capacitado para hablar de poesía, sin que esto implicara que éste mismo compusiera algún poema para comunicar una verdad:¹¹⁷

¹¹³ Ibid, fr. 163.

¹¹⁴ Sin embargo, frente al determinismo de la vieja escuela atomista, representada por Demócrito y Leucipo principalmente, Epicuro preferiría el mito como explicación que la dependencia a una determinación divina o de cualquier tipo. Cf. Epic. *ad Pit.*, 98.

¹¹⁵ Cf. Epic. *ad Moen.*, § 123. Cf etiam Xenófanes. DK21 B23- A26.

¹¹⁶ Cic. *De fin.*, 1, 71-72: “*qui (sc. Epicurus) quod tibi parum videtur eruditus, ea causa est, quod nullam eruditionem esse duxit, nisi quae beatae vitae disciplinam iuaret. An ille tempus in poetis evolvendis, ut ego et Triarius te hortatore facimus, consumeret, in quibus nulla solida utilitas est omnisque puerilis est delectatio, aut se, ut Plato, in musicis geometria numeris astris contereret, quae et a falsis initiis profecta vera esse non possunt et, si essent vera, nihil afferrent quo iucundius id est quo melius viveremus, -eas ergo artis persequeretur, vivendi artem tantam tamque et operosam et perinde fructuosam relinqueret?*”

¹¹⁷ Cf. Epic. *ad Pit.*, 87.

μόνον τε τὸν σοφὸν ὀρθῶς ἂν περὶ τε μουσικῆς καὶ ποιητικῆς δια-
λέξασθαι, ποιήματά τε ἐνεργεία οὐκ ἂν ποιῆσαι.¹¹⁸

sólo el sabio podría discurrir con rectitud sobre la música y la poesía, y no compondría poemas, [movido] por esta virtud.

Es por este desdén manifiesto de Epicuro por la poesía que la tradición ha querido ver en la elección poética de Lucrecio un desafío al consejo de su maestro y, en cierto modo, su alejamiento de la doctrina epicúrea. Sin embargo, lo que me propongo en este capítulo es demostrar, con ejemplos claros, tomados del *De rerum natura*, que la decisión de Lucrecio de escribir en verso la filosofía epicúrea responde no a un acto de apostasía o a una desobediencia, sino a un genuino interés del poeta por enaltecer el carácter liberador de la doctrina. Al escribir su poema, Lucrecio no traicionó a su preceptor, sino que lo honró de la mejor manera y lo hizo inmortal en el tiempo.

¹¹⁸ Us. fr. 569. Cf. Epic. *ad Pit.* 90.

3.2. Lucrecio: una poética de la liberación

Lucrecio fue un verdadero apóstol del epicureísmo. Su fidelidad y ortodoxia filosóficas caminan la senda hollada por su maestro y por todos los más ilustres representantes griegos de la doctrina. Las bases de su inspiración filosófica son, sin duda alguna, las establecidas por su mentor:

*te sequor, o Graiae gentis decus, inque tuis nunc
ficta pedum pono pressis vestigia signis,
non ita certandi cupidus quam propter amorem
quod te imitari aveo; [...] (III, 2-6)*

Te sigo, oh decoro del pueblo griego, y pongo ahora las huellas de [mis] pies calcadas en los signos impresos [de los tuyos], no tan deseoso de competir como por amor, porque anhelo imitarte.

Como se puede ver, la declaración de Lucrecio en estos versos manifiesta su completo apego a los preceptos epicúreos y su deseo de transmitirlos no con un afán competitivo sino con un afán de emulación. Así pues, si tenemos en cuenta la posición de Epicuro ante la poesía y la ortodoxia doctrinaria de Lucrecio, podría parecer contradictoria la elección del autor del *De rerum natura* por la poesía, como medio para exponer la filosofía de su maestro. Sin embargo, creo que esta decantación por la poesía es una elección retórica que responde a que Lucrecio supo apreciar en ésta todos aquellos elementos persuasivos de los que carecía, en buena medida, el lenguaje técnico de Epicuro, y todos aquellos que, estando ya en la obra del filósofo adquirieron una fuerza mayor y resultaron ser aún más eficaces.

Poesía y filosofía, entonces, no pueden apreciarse, en el poema de Lucrecio, de manera separada. La relación que une ambas disciplinas es indisoluble, en tanto que las dos

están vinculadas de manera orgánica no sólo porque la poesía es el vehículo expositivo de la filosofía sino también, y sobre todo, porque ambas contribuyen a la realización de un objetivo más elevado, más noble: la libertad del hombre. Tanto poesía como filosofía, en el poema lucreciano, son dos desarrollos complementarios de un mismo esquema. Ambas persiguen el mismo objetivo nutriéndose y fortaleciéndose en una relación de codependencia y retroalimentación, para alcanzar un fin común, sirviéndose de todos los elementos que las clarifiquen y las vuelvan más persuasivas.¹¹⁹

No hablo, como tampoco lo hacían Lucrecio y Epicuro, de la libertad política o económica, sino de la libertad otorgada por la sabiduría, por la tranquilidad del alma, en fin, por la felicidad. La libertad a la que nos referimos nada tiene que ver con los dogmas políticos de ninguna época, sino más bien con esa libertad universal que trasciende ideologías y religiones, esa libertad que, hoy, el hombre ha relegado al rincón más oscuro, al más olvidado: la libertad espiritual.¹²⁰

Así pues, el empeño liberador y el compromiso con la verdad que arrebataron el alma y la mente de Epicuro, fueron los mismos también que motivaron en Lucrecio el deseo de dotar a la doctrina de su maestro con la dulzura eterna de la poesía. De allí que el

¹¹⁹ Cf. Classen, p. 110.

¹²⁰ La idea de la libertad espiritual no era nueva para los romanos; ya encontramos ecos de esta idea en el poeta Enn., *Tragoed.*, v. 256 y ss: *ea libertas est qui pectus purum et firmum gestitat/ aliae res obnoxiae nocte in obscura latent*. Incluso para los pensadores romanos, como Cicerón y Séneca, la verdadera libertad, más allá de la otorgada por el estado y sus leyes, era la libertad espiritual, una libertad, en efecto, producto de la razón y la sabiduría. Cf. Cic. *Parad. Stoic.*, V, 34: *quid est enim libertas? Potestas vivendi ut velis. Quis igitur vivit ut volt nisi qui recte vivit? Qui gaudet officio, cui vivendi via considerata atque provisa est, qui ne legibus quidem propter metum paret, sed eas sequitur et colit, quia id salutare esse maxime indicat, qui nihil dicit, nihil facit, nihil cogitat denique, nisi libenter ac libere, cuius omnia consilia resque omnes, quas gerit, ab ipso proficiscuntur eodemque referuntur, nec est ulla res, quae plus apud eum polleat quam ipsius voluntas atque indicium [...] soli igitur hoc contigit sapienti, ut nihil faciat invitus, nihil dolens, nihil coactus*. Cf. etiam Sen, *ad Luc.*, 17, 6; 51, 6. Este concepto de ‘libertad’ sería entendido a la perfección por el joven Karl Marx, quien antes de formular su gran obra teórica, discurriría filosóficamente en su tesis doctoral, sobre la *Diferencia de la filosofía de la naturaleza en Demócrito y Epicuro*, señalando el profundo sentido humanista de la filosofía de Epicuro y alabando la disposición atómico-materialista que el filósofo ateniense hiciera de la realidad y del universo, otorgándole al hombre la potestad de actuar y de vivir de manera libre y feliz. Cf. Marx, 2004.

poeta, al iniciar el poema, le ruegue encarecidamente a Venus que le sea favorable en la empresa que está por acometer:

*quae quoniam rerum naturam sola gubernas
nec sine te quicquam dias in luminis oras
exoritur neque fit laetum neque amabile quicquam,
te sociam studeo scribendis versibus esse
quos ego de rerum natura pangere conor
[...]
quo magis aeternum da dictis, diva, leporem. (I, 24-25, 28)*

puesto que tu sola gobiernas la naturaleza de las cosas y sin ti nada hay que llegue a las radiantes orillas de la luz, ni nada que se vuelva amable o placentero, anhelo que seas mi aliada para escribir los versos que pretendo componer sobre la naturaleza de las cosas [...] tanto más da tú, diosa, un encanto eterno a mis palabras.

Esta plegaria a Venus, con la que el poeta comienza su poema, dice mucho de su intención filosófica, por una parte, y de su trabajo poético, por la otra. Ella es la fuente de la que Lucrecio abrevará para clarificar su doctrina y de ella vendrán también las palabras dulces y armoniosas que le otorguen a su poema una suavidad y un gusto insuperables que faciliten la transmisión y el objetivo del mensaje del Jardín.¹²¹

Venus para el epicureísmo no sólo representaba una fuerza física motriz mediante la cual se regía el mundo, sino también la armonía con que cada uno de los elementos naturales establecía sus relaciones atómicas y daba vida a las cosas. Así, el hecho de que Lucrecio haya decidido invocar a Venus en el proemio del libro I y no a las Musas, como, por lo general, lo establecía la tradición didáctica, es muestra evidente de que el poeta

¹²¹ Cf. Mae Gruber, p. 171.

pretendía acometer una empresa intelectual en dos planos en apariencia contradictorios: el racional y el irracional, el intelectual y el emocional. Esta invocación a Venus en el principio del poema está encaminada precisamente a facilitar el primer contacto del lector con el epicureísmo, mediante el uso de un lenguaje familiar y concreto que a los romanos les era conocido ya por su habitual relación con la épica homérica y eniana y con los himnos de la antigüedad.¹²²

Excelente conocedor e intérprete del epicureísmo, Lucrecio entendió muy bien el sistema sensorial en que se fundamentaba la doctrina. En efecto, el epicureísmo establecía los sentidos como el primer y único criterio de verdad: sólo a partir de ellos el hombre podía conocer el mundo que lo rodeaba, y sólo a partir de ellos se podía emitir un juicio, errado o certero, de la naturaleza de las cosas.¹²³ Es, pues, a partir de este hecho que Lucrecio fue moldeando el lenguaje y el estilo de su poema. A este respecto, el estudioso norteamericano Alexander Dalzell acierta al afirmar que “Lucretius had one advantage in formulating the argument of the poem. Epicureanism stressed the central importance of the evidence of the senses. The unseen can be known only through analogy with the seen. So illustration from the visible world is not just a poetic embellishment, but a part of the fabric of the philosophical argument.”¹²⁴

Pese a esta libertad lingüística y estructural del poeta para componer y moldear el lenguaje de acuerdo con sus necesidades, no le pasaban por alto las dificultades que implicaba la adecuación del pensamiento de Epicuro, griego en su origen, pero universal en

¹²² Cf. Gale, 2001, pp. 34-35.

¹²³ Cf. Epic. *ad Moen.*, 124; Lucr. II, 434; Schrijvers, p. 140.

¹²⁴ Dalzell, p. 59.

su esencia, a la lengua y a la mente latina, que no tan fácilmente aceptaron, aún en el colapso de sus instituciones republicanas, la idea de abandonar el *mos maiorum*.¹²⁵

*nec me animi fallit Graiorum obscura reperta
difficile inlustrare Latinis versibus esse,
multa novis verbis praesertim cum sit agendum
propter egestatem linguae et rerum novitatem.* (I, 136-139)

Y no se me escapa que ilustrar en versos latinos los oscuros descubrimientos de los griegos es una tarea difícil, sobre todo cuando hay que tratar muchas cosas con nuevos conceptos, debido a la pobreza de la lengua y a la novedad del asunto.

En realidad, el lenguaje filosófico en Roma, aun cuando desde hacía mucho tiempo la filosofía ya había penetrado en los círculos ilustrados del Lacio, carecía de palabras que correspondieran a los profundos conceptos acuñados por los griegos.¹²⁶ Las obras filosóficas de Cicerón, con las que el vocabulario filosófico alcanzaría su culmen, aún no eran redactadas y los intentos por exponer el epicureísmo en prosa habían sido insignificantes, aunque no por ello poco populares.¹²⁷ Casio y Amafinio, dos de los primeros escritores que habrían de difundir el epicureísmo en Roma, carecían de un lenguaje refinado, lo que a la postre generaría una mala interpretación de esta filosofía.¹²⁸

¹²⁵ Cf. Myniard, pp. 5-15.

¹²⁶ Esto no quiere decir que no existieran términos precisos para expresar las ideas del pensamiento heleno. Por el contrario, ya en los poetas arcaicos como Enio y Plauto, se encontraba una terminología técnica con pretensiones filosóficas. Cf. Paratore, p 175; Plaut, *Merc.*, v. 147.

¹²⁷ Cic. *Tusc.*, IV, 3, 6-7: ... *C. Amafinius extitit dicens, cuius libris editis commota multitudo contulit se ad eam potissimum disciplinam* (i. e. la filosofía epicúrea) [...] *multi eiusdem aemuli rationis multa cum scripsissent, Italiam totam occupaverunt...*

¹²⁸ Cic. *ad Fam.*, XV, 12, 2; *Tusc.* II, V, 13.

El mismo Cicerón, incluso, se lamentaba de lo difícil que era hacer filosofía en latín, cuando en uno de sus más importantes tratados filosóficos dice:

*[...]non ignoras quam sit subtile vel spinosum potius disserendi genus, idque cum Graecis tum magis nobis, quibus etiam verba parienda sunt inponendaque nova rebus novis nomina.*¹²⁹

no ignoras cuán difícil, delicado o, incluso, cuán problemático es este género de discurrir, esto cuanto para los griegos, tanto más para nosotros que debemos crear palabras y poner nombres nuevos a cosas nuevas.

Por otro lado, al reconocer la dificultad que implicaba la tarea de intérprete y divulgador, Lucrecio nos planteó una importante contraposición lingüística entre el verbo *inlustrare* (v. 137) y las palabras *Graiorum obscura reperta* (v. 136) con las que se denominaba, principalmente, la filosofía de Epicuro. Esta contraposición lingüística estará presente a lo largo de toda la obra, pero no cobrará sentido hasta que Lucrecio, al final del libro primero, luego de haber explicado los principios generales de la física epicúrea,¹³⁰ y de haber debatido los postulados de algunas filosofías físicas presocráticas,¹³¹ establece los lineamientos de su programa poético al realizar una franca defensa de su poesía, como medio y fin en sí mismo.

¹²⁹ Cic. *de Fin.*, III, 1, 3.

¹³⁰ A grandes rasgos, los principios generales de la física epicúrea son: 1) nada puede nacer de la nada; 2) nada puede regresar a la nada; 3) la materia existe en forma de pequeñas partículas; 4) en las cosas existe el vacío y 5) todo lo que existe es una propiedad o un accidente tanto del espacio vacío como de las partículas pequeñas, llamadas átomos. Son estos principios en los que se fundamenta toda la doctrina física del epicureísmo y, en consecuencia también, la ética y la canónica. No se sabe cuál era el orden de la exposición del *περὶ φύσεως* de Epicuro, pero lo que es cierto es que, al presentar primero los principios generales de la doctrina, Lucrecio pretendía otorgar una exposición sistemática de ésta. Cf. Lucr. I, 146-482; Epic. *ad Hdt.*, § 38-42; § 68-73.

¹³¹ Cf. Lucr. I, 635-920. A lo largo de estos versos Lucrecio rebate los argumentos físicos de filósofos como Heráclito, Empédocles y Anaxágoras.

El pasaje citado a continuación es la manifestación más evidente del carácter liberador de la poesía lucreciana, y es también, de alguna manera, la declaración programática de lo que será el poema en su conjunto.

*Nunc age quod superest cognosce et clarius audi.
nec me animi fallit quam sint obscura; sed acri
percussit thyrso laudis spes magna meum cor
et simul incussit suavem mi in pectus amorem
musarum, quo nunc instinctus mente vigente
avia Pieridum peragro loca nullius ante
trita solo. Iuvat integros accedere fontis
atque haurire, iuvatque novos decerpere flores
insignemque meo capiti petere inde coronam
unde prius nulli velarint tempora musae;
primum quod magnis doceo de rebus et artis
religionum animum nodis exolvere pergo,
deinde quod obscura de re tam lucida pango
carmina, musaeo contingens cuncta lepore.
id quoque enim a nulla ratione videtur;
sed veluti pueris absinthia taetra medentes
cum dare conantur, prius oras pocula circum
contingunt mellis dulci flavoque liquore,
ut puerorum aetas improvida ludificetur
labrorum tenuis, interea perpotet amarum
absinthii laticem deceptaque non capiatur,
sed potius tali pacto recreata valescat;
sic ego nunc, quoniam haec ratio plerumque videtur
tristior esse quibus non est tractata, retroque
vulgus abhorret ab hac, volui tibi suaviloquenti
carmine Pierio rationem exponere nostram
et quasi musaeo dulci contingere melle,
si tibi forte animum tali ratione tenere
versibus in nostris possem, dum perspicias omnem
naturam rerum qua constet compta figura. (I, 921-950)¹³²*

Ahora, conoce y escucha de manera más clara: y no se me oculta cuán oscuras son estas cosas, pero una gran esperanza de gloria atravesó mi corazón con

¹³² La discusión que se ha generado entre los eruditos por la repetición de estos versos en el proemio del libro IV, 1-25, ha tomado a lo largo de los años el cariz de una lucha encarnizada por establecer si dichos versos fueron escritos por Lucrecio primero para el libro I o para el IV. En este estudio no es nuestra intención abordar tales problemas sobre la composición del texto, pero para profundizar en este amplio debate, cf. Bailey, vol I, pp. 756-758; Grilli, p. 93.

penetrante aguijón y a la vez ha hincado en mi pecho el suave amor de las Musas, por el que, instigado, recorro, con mente vivaz, los yermos caminos de las Piérides, nunca antes por nadie hollados. Es placentero acercarse a las fuentes frescas y beber, y es placentero, también, recoger nuevas flores y después pedir una corona insigne para mi cabeza, de donde, desde antaño, a nadie las Musas ciñieron las sienas. Primero porque enseñé preceptos elevados y pretendo liberar el alma de los intrincados nudos de las religiones; después, porque, de argumento tan obscuro, compongo brillantes versos, tocando todo con la gracia de las Musas, lo que tampoco parece sinrazón, pues así como los médicos cuando intentan dar a los niños el amargo ajeno, primero escarchan los bordes del vaso con el licor dulce y amarillento de la miel, para que la inocente edad de los niños se distraiga [con el sabor] de los labios, mientras apura el brebaje agrio del ajeno, y una vez engañada no sea presa [de la enfermedad] sino que, antes bien, reanimada con tal astucia, se fortalezca, así yo ahora, puesto que este argumento, parece muy amargo a quienes no lo han tratado y, por lo general, el pueblo lo rehúye, quise exponerte nuestras razones con un piérido poema suavilocuente, y recubrirlo con la deleitosa miel de las Musas, por ver si con tal argucia podría retener tu atención en nuestros versos, al tiempo que adviertes de qué armoniosa manera se compone la naturaleza de todas las cosas.

Esta ‘apología’ de la poesía, como P. H. Schrijvers ha llamado a esta serie de versos,¹³³ constituye la meditación más explícita que Lucrecio realizó sobre la función y la naturaleza de su poesía. En estos versos es posible apreciar que los motivos que inspiraron a Lucrecio a escribir su obra fueron la búsqueda de la originalidad (*avia Pieridum peragro loca nullius ante/ trita solo*, vv. 926-927), que no radicaba en el hecho de ser el primero en escribir un poema filosófico, sino en el hecho de ser el primer epicúreo en hacerlo. Esta declaración de originalidad es, pues, de gran relevancia, pues rompe con una larga tradición ortodoxa del epicureísmo que veía en la poesía un instrumento que no contribuía a la verdad y que buscaba solamente satisfacer los placeres más irracionales del hombre.

¹³³ Schrijvers, 1970, p. 28: “Celui qui veut étudier la poétique explicite du *De rerum natura*, devra tout d’abord examiner ces trente vers que nous désignerons, dans cette étude, par le terme ‘Apologie’.”

El poeta comprendía que la originalidad y la gloria de su proyecto no radicaban en la disquisición filosófica,¹³⁴ sino más bien, en la exposición clara de una filosofía, la epicúrea, que se había quedado en el plano meramente abstracto,¹³⁵ lo que, para el pueblo romano, implicaba su inaccesibilidad y consecuente incompreensión (*tristior esse quibus non est tractata retroque/ vogus abhorret ab hac*, vv. 944-945). La claridad que Lucrecio buscó imprimir a su exposición poética se hizo manifiesta nuevamente en la oposición de los términos ‘luz’ y ‘sombra’, ‘claridad’ y ‘obscuridad’.¹³⁶

Así pues, en los dos primeros versos de esta ‘apología’, la oposición entre ‘claridad’ y ‘obscuridad’ se hace patente, mediante la expresión *cognosce et **clarius** audi y quam sint **obscura*** (sc. *Epicuri reperta*). Tal oposición no reviste, sin embargo, un carácter contradictorio en términos filosóficos ni mucho menos constituye una crítica a la exposición de su maestro, como, en efecto, algunos estudiosos han querido interpretarla.¹³⁷ Por lo contrario, es evidente que, a partir de esta contraposición de términos, Lucrecio buscaba ejemplificar, mediante el uso mismo de la lengua, el motivo de su elección poética:¹³⁸ la poesía dotaría la complejidad filosófica de su maestro de una fuerza clarificadora y dulce, que coronaría al poeta con el laurel de las musas, pero que sobre todo

¹³⁴ Sin embargo, para algunos autores como Salvador Mas y A. Winspear, en la abundancia argumentativa de Lucrecio procedente de sus propias reflexiones, pueden verse rasgos inequívocos de una originalidad filosófica que reforzaba y engrandecía la doctrina fundamental del epicureísmo. Cf. Mas, p. 164; Winspear, p. 11.

¹³⁵ Cf. Comte-Sponville, p. 46.

¹³⁶ Cf. Grilli, p. 94.

¹³⁷ Cf. para esta posición, Giancotti, p. XXIV; Pirelli, p. 291 y ss, *et passim*; Patin, pp. 117-137.

¹³⁸ Cf. Schrijvers, p. 33; Ernout, p. XVI: “On peut se demander pourquoi Lucrèce a choisi Épicure, plutôt qu’un Démocrite ou un Empédocle, pour en tirer la matière de son poème. L’explication du monde, telle que la présentait Épicure devait avoir aux yeux de l’esprit romain, peu enclin aux spéculations métaphysiques, deux grands mérites, la clarté et la cohérence. [...] Ainsi Lucrèce trouvait à satisfaire dans l’exposé de la doctrine deux tendances diverses de son esprit: ses facultés de logicien, et ses dons de visionnaire.”

potenciaría el efecto liberador de la doctrina (*primum quod magnis doceo de rebus et artis/ religionum animum nodis exolvere pergo*, vv. 931-932).¹³⁹

El poema de Lucrecio se presenta, entonces, como un instrumento de liberación; su fuerza poética deriva, precisamente, de este carácter liberador, pues, en efecto, la libertad, en cualquiera de sus dimensiones, se identifica con la creación, y la poesía es creación por antonomasia (*deinde quod obscura de re tam lucida pango carmina*, v. 933).

En efecto, la luminosidad que el poeta pretende dar a su doctrina depende, necesariamente, de un certero artilugio que conduzca, casi de manera imperceptible, las mentes de sus lectores hacia el objetivo planteado. Por eso, dice Lucrecio, no es erróneo asumir el papel del médico que escarcha con miel el vaso que contiene la medicina (*sed veluti pueris absinthia taetra medentes/ cum dare conantur, prius oras pocula circum/ contingunt mellis dulci flavoque liquore*, vv. 936-938) para así engañar al niño enfermo y poder sanarlo (*ut puerorum aetas improvida ludificetur... deceptaque non capiatur/ sed potius tali pacto recreata valescat*, vv. 939-942).

El empeño terapéutico que el poeta expresó en la utilización de este famoso símil es propio de la labor filosófica y un tópico literario socorrido en la antigüedad.¹⁴⁰ La poesía de Lucrecio, por su parte, cumple la misma función sanadora; con la dulzura y el encanto que emanaban de ella, el poeta buscaba curar las almas de los hombres dotando la “amarga” doctrina de Epicuro con el armonioso encanto de la poesía (*volui tibi suaviloquenti/ carmine Pierio rationem exponere nostram*, vv. 945-946). Así, el *carmen suaviloquens*

¹³⁹ Los dos grandes miedos que se proponía erradicar el epicureísmo del alma humana eran el miedo a la muerte y el temor a la intervención de los dioses en el destino y en la vida del hombre. Cf. Epic. *ad Hdt.*, §81; *ad Moen.*, §123-124; *K. Δ.*, I, II, III, IV. A estas últimas se les ha conocido como el *tetrafarmakon*, en que estaban contenidos los principios fundamentales para la felicidad, la tranquilidad del alma y la liberación espiritual. Los seis libros del poema lucreciano, por su parte, también están dirigidos a este fin y es por eso que la aseveración que el poeta hace en estos versos (I, 931-932) cobra una relevancia sustancial en el desarrollo de todo el poema.

¹⁴⁰ Cf. Plat. *Lg.* 2.559e-660a; Us. fr. 221; Epic. *Sent. Vat.*, 54.

constituye el fundamento de los *lucida carmina* con los que el poeta busca atrapar las mentes e iluminar el alma de sus lectores, y se establece como elemento imprescindible en la tarea clarificadora y libertaria, en términos filosóficos y en términos poéticos. A los *obscura reperta* de su maestro Epicuro, Lucrecio contrapone los *lucida carmina*,¹⁴¹ que son, a su vez, el resultado del *carmen suaviloquens* que, como el mismo poeta nos lo dice, ha buscado durante largas noches de vigilia:

*suadet et inducit noctes vigilare serenas*¹⁴²
quaerentem dictis quibus et quo carmine demum
clara tuae possim praepandere lumina menti,
res quibus occultas penitus convisere possis. (I, 141-144)

[La esperanza de tu suave amistad] me persuade y me induce a pasar en vela largas noches serenas buscando con qué palabras y, en fin, con qué poema puedo transmitir a tu mente una claridad luminosa con que puedas apreciar, profundamente, las cosas ocultas.

La reflexión profunda sobre su poesía, producto de la vigilia serena, ha dado como resultado un verso armonioso y grandilocuente que sirve, al mismo tiempo, como un fármaco endulzante y sanador. Tal fármaco es la poesía: placentera en sus versos, liberadora en sus efectos. Así también lo entendió la estudiosa de Lucrecio, Gwendolin Mae Gruber al afirmar que “epicurean pleasure, with Venus as its emblem, pervades Lucretius’ poem, which connects the fundamental philosophical doctrine with its poetic

¹⁴¹ Grilli, p. 114: “Sono quindi *lucida* i carmina di Lucrezio per la luce di verità che essi apportano, per le tenebre dell’ignoranza, ma ancor più del terrore che essi dissipano nell’animo dell’uomo che s’affida alla loro dottrina; soprattutto perchè la loro verità è tutta cosparsa della soavità della poesia. Più alta affermazione della sua poesia, e al tempo stesso più alta missione, Lucrezio non poteva esprimere; ma lo unge il pensiero dell’illegittimità di questa poesia ed ecco che si diffonde a spiegare come, perchè essa abbia piena ragione di essere.”

¹⁴² Vid. Epic. *ad Moen.*, § 135: μελέτα πρὸς σεαυτὸν ἡμέρας καὶ νυκτὸς.

expression. The pleasure of Epicureanism, both as a basic principle and in the effects it produces, correlate directly to Lucretius' poetry both in vocabulary and its effects."¹⁴³

Lucrecio, al darle forma en su *carmen suaviloquens* a un conjunto de *lucida carmina*, se establece, entonces, como poeta de la luz y apóstol de la razón que disipará los miedos que aquejan las almas y las mentes de los hombres, con el uso de argumentos filosóficos e imágenes poéticas que puedan, finalmente, abrir la mente y expulsar tales temores:¹⁴⁴

*hunc igitur terrorem animi tenebrasque necessesit
non radii solis neque lucida tela diei
discutiant, sed naturae species ratioque.* (I, 146-148)

Así pues, es necesario que ni los rayos del sol ni los destellos luminosos del día disipen el terror del alma y las tenebras, sino la contemplación y el razonamiento de la naturaleza.

Ciertamente, los rayos de la razón epicúrea son también los de la poesía lucreciana; ambos han surgido de la especulación cuidadosa y meditada de los procesos naturales y de la aceptación de sus principios atómicos. Por eso Lucrecio se afanó tanto en dejar claros los objetivos de su poesía. Era consciente de que, al elegir la poesía como medio de transmisión, el mensaje epicúreo quedaba parado sobre un terreno fácilmente diluible y desde el cual se le podía malinterpretar casi sin esfuerzo. En efecto, los poetas creaban con

¹⁴³ Mae Gruber, p. 188.

¹⁴⁴ Normand, pp. 126 y ss: "Il a voulu composer un poème en vers qui expose la philosophie d'Epicure sous tous les aspects concernant l'explication de la nature. Cette philosophie lui est apparue comme la solution lumineuse et libératrice qui pourrait sauver ses contemporains de leurs soucis les plus profonds et les plus troublants. C'est en prédicateur d'un évangile de lumière et de paix qu'il va passer et presque imposer aux hommes un enseignement dont il est convaincu."

su palabra un mundo que poco o nada tenía que ver con la realidad objetiva, por lo que habían sido caracterizados como un ente políglota¹⁴⁵ que no expresaba con sus versos necesariamente la verdad; ellos eran capaces de hacer pasar mentiras por verdades o ataviaban verdades con el indescifrable manto de la mentira.¹⁴⁶ Por eso quizá Platón más que expulsar a los poetas de la ciudad ideal expresada en la *República*, haya criticado acremente, lo mismo que Epicuro, la incapacidad de la poesía por aspirar a la verdad.¹⁴⁷ Para el filósofo de la Academia, los poetas, como los pintores, sólo creaban una imagen de la naturaleza y del mundo, sin poseer ningún conocimiento verdadero de lo que en esencia retrataban, por lo que eran tenidos como meros imitadores y no como aspirantes a descifrar la verdad.¹⁴⁸

La poesía de Lucrecio, por el contrario, tiende hacia otro lado. Es la revelación en verso de una verdad: la sustancia material del mundo y de lo que lo compone. Fruto de la amistad que lo une a Memio,¹⁴⁹ la poesía del *De rerum natura* es producto de la reflexión profunda sobre los procesos naturales, sus causas y sus efectos, y no una bella imitación sin conocimiento de causa. No es la metáfora de una realidad sino la realidad misma expresada en toda su armonía. Lucrecio no inventó su propia realidad sino que desmontó uno a uno

¹⁴⁵ Aquí la palabra ‘políglota’ está utilizada más bien para referir la capacidad de los poetas por enunciar la realidad desde diferentes puntos de vista o concepciones, y nada tiene que ver con el sentido contemporáneo que se le otorga a la palabra, ‘aquel que habla muchos idiomas’.

¹⁴⁶ Cf. Hesíodo, *Teog.*, 22-28.

¹⁴⁷ Pl. *Rep.*, 10.600e4-6:

Οὐκοῦν τιθῶμεν ἀπὸ Ὀμήρου ἀρξαμένους πάντας τοὺς ποιητικοὺς μιμητὰς εἰδώλων ἀρετῆς εἶναι καὶ τῶν ἄλλων περὶ ὧν ποιοῦσιν, τῆς δὲ ἀληθείας οὐχ ἄπτεσθα...; cf. D. L. X, 13.

¹⁴⁸ Para un análisis un poco más detallado de la crítica platónica a la poesía, cf. Mae Gruber, pp. 125-135.

¹⁴⁹ La amistad, por otro lado, es uno de los principios éticos más importantes del epicureísmo. Habiendo rechazado la pasión amorosa y la vida pública en el foro, los epicúreos enaltecían la amistad y la vida en pequeñas comunidades de ‘amigos’ como la única manera verdadera y sin pretensiones de relacionarse para los hombres. Para el énfasis que Epicuro hizo sobre la importancia de la amistad cf. *K. Δ.*, XXVII; *Sent. Vat.*, XIII, XXVIII, XXXIV, XXXIX, LII, LXXVIII. Cic. *De fin.*, 1, 20, 65: *de qua [amicitia] Epicurus quidem ita dicit, omnium rerum, quas ad beate vivendum sapientia comparaverit, nihil esse maius amicitia, nihil uberius, nihil iucundius.* Para un estudio más a fondo de las implicaciones de la amistad en la vida de un hombre epicúreo cf., Bailey, 1964, pp. 517-520; y el excelente ensayo de Carlo Diano contenido en Epicuro, 2006, pp. 7-24.

todos los elementos que la componen, visibles e invisibles y la ofreció a los ojos de sus lectores.

*nam tibi de summa caeli ratione deumque
disserere incipiam et rerum primordia pandam
unde omnis natura creet res auctetque alatque,
quove eadem rursus natura perempta resolvat (I, 54-57)*

En efecto, comenzaré a discurrir para ti sobre la más profunda razón del cielo y de los dioses y te mostraré los principios a partir de los cuales la naturaleza crea, hace crecer y alimenta todas las cosas, y a dónde la naturaleza, una vez pericidas las mismas, las hace volver.

Su función es ofrecer al lector una imagen del mundo real, como bien lo sostiene Thury:

In its representation of reality, Lucretius' poem functions as a *simulacrum* of the *rerum natura* in the technical sense, that is, that the poem presents word-pictures of the real world that enter the mind of the reader and are susceptible to evaluation in the same way the poem functions as the actual simulacra given off by material objects.¹⁵⁰

Así pues, para explicar que en la naturaleza existen pequeñas partículas (*rerum primordia*) que, aunque no puedan ser percibidas por nuestros ojos (*corpora caeca*),¹⁵¹ provocan, sin embargo, el nacimiento y el crecimiento de las cosas que nos rodean, Lucrecio establece una analogía de gran fuerza poética con la naturaleza del viento, cuya existencia conocemos también, aun cuando no podamos verlo, por los efectos que éste tiene sobre la naturaleza:

¹⁵⁰ Thury, p. 271.

¹⁵¹ Para el empleo del lenguaje técnico en Lucrecio, cf. Bailey, vol. II, pp. 139-142.

*principio venti vis verberat incita pontum
ingentisque ruit navis et nubila differt,
interdum rapido percurrens turbine campos
arboribus magnis sternit montisque supremos
silvifragis vexat flabris: ita perfurit acri
cum fremitu saevitque minaci murmure ventus.
sunt igitur venti nimirum corpora caeca
quae mare, quae terras, quae denique nubila caeli
verrunt ac subito vexantia turbine raptant (I, 271-279)*

Primeramente, la fuerza arrebatada del viento azota el mar y destruye grandes navíos, dispersa las nubes y, a veces, recorriendo los campos, con un veloz torbellino, los llena de enormes árboles y veja los más altos montes con soplos que destruyen bosques. Así, el viento arde con agudo estruendo y se enfurece con un murmullo amenazante. Luego entonces, los vientos, naturalmente, son cuerpos invisibles que barren el mar, las tierras, en fin, las nubes del viento y devastan todo azotándolo con un torbellino repentino.

Como se ve en estos versos, Lucrecio recurre a instancias en que el lector puede apreciar los efectos de esas pequeñas partículas, aunque no pueda verlas. La elaboración y la fuerza del pasaje actúan en dos planos diferentes, el intelectual y el emocional. La fuerza del viento (*venti vis*, v. 271) es comparada con las pequeñas partículas (*rerum primordia*) que componen la naturaleza. Ambas son imperceptibles a simple vista (*corpora caeca*) pero la existencia de una y otra pueden inferirse a partir de sus consecuencias. La analogía poética asiste, completa y clarifica la reflexión filosófica, pues se establece como un método importantísimo de comprobación en un mundo, el antiguo, carente de todos los aparatos y la tecnología contemporánea.¹⁵²

Por otra parte, la aliteración provocada con el uso repetitivo de las palabras *venti vis verbera* no es una casualidad, sino que tiene la intención de sugerir en el lector la naturaleza misma del viento.¹⁵³ Lucrecio apela, entonces, mediante esta analogía y sus

¹⁵² Cf. Mc. Leod, p. 146; Mae Gruber, p. 175.

¹⁵³ Cf. Frieländer, p. 18 y ss.

aliteraciones, no sólo a la dilucidación de un postulado fundamental, a través del empleo de imágenes que le son cotidianas a la mente de los hombres, sino también a su capacidad imaginativa y emocional: la fuerza del viento es la razón de los átomos y la razón de los átomos se convierte en una realidad innegable y sólida con que se explica un proceso físico.

De esta manera la palabra poética y sus aparentes devaneos exponen una reflexión, primero, y terminan luego convirtiéndose en la reflexión misma. La vivacidad y la intensidad de la poesía lucreciana devienen un instrumento fundamental para la filosofía epicúrea, que las hace inseparables una de otra. Aliteraciones, repeticiones, juegos verbales y analogías juegan un papel importante en la exposición poético-filosófica, ya que le otorgan características especiales que la distinguen de los demás tratados filosóficos y de los otros poemas didácticos de su tiempo.¹⁵⁴

En el poema lucreciano existe un gran número de analogías y comparaciones como es propio del género didáctico. Sin embargo, a diferencia de este género, el uso de la analogía en el *De rerum natura* sirve, básicamente, para presentar una evidencia que refuerza e ilumina la doctrina filosófica.¹⁵⁵ Puesto que están construidas y pensadas por la mente de un poeta, estas analogías poseen, desde luego, grandes cualidades artísticas que, pese a esto, no permanecen nunca en el plano meramente descriptivo. Por el contrario, siempre son utilizadas como pruebas o refutaciones de un argumento propuesto.

Ciertamente, casi todos los argumentos del *De rerum natura* pueden ser comprendidos por los lectores gracias a la inserción de analogías tan habilidosamente entrelazadas por el poeta que, incluso, parecen haber nacido con el argumento mismo.¹⁵⁶

¹⁵⁴ Para un estudio específico de las diferentes aliteraciones y recursos estilísticos que se presentan en la poesía de Lucrecio, cf. Leonard & Smith, pp. 172 y ss; Bailey, pp. 146-152.

¹⁵⁵ Cf. Bailey, vol. II, p. 644.

¹⁵⁶ Cf. Mc. Leod, p. 148.

Por ejemplo, en el libro II, cuando Lucrecio explica el constante movimiento de los átomos dice que éstos no pueden permanecer inmóviles y que se mueven por el espacio vacío en razón de su misma gravedad provocando, en su caída, choques entre unos y otros de los que resultan muchos más movimientos y ciertas uniones que generan la vida.¹⁵⁷ Puesto que es imposible percibir la magnitud y la velocidad de estos movimientos atómicos a simple vista, el poeta recurre, como suele hacerlo, a la analogía, para dar credibilidad a un presupuesto basado en algo invisible mediante el establecimiento de un paralelo concreto, visible y cotidiano:

*contemplator enim, cum solis lumina cumque
 inserti fundunt radii per opaca domorum:
 multa minuta modis multis per inane videbis
 corpora misceri radiorum lumine in ipso,
 et velut aeterno certamine proelia pugnas
 edere turmatim certantia, nec dare pausam,
 conciliis et discidiis exercita crebris;
 conicere ut possis ex hoc, primordia rerum
 quali sit in magno iactari semper inani.
 dumtaxat rerum magnarum parva potest res
 exemplare dare et vestigia notitiae.
 hoc etiam magis haec animum te advertere par est
 corpora quae in solis radiis turbare videntur,
 quod tales turbae motus quoque materiai
 significant clandestinos caecosque subesse
 multa videbis enim plagis ibi percita caecis
 commutare viam retroque repulsa reverti
 nunc huc, nunc illuc, in cunctas undique partis. (II, 114-131)*

Pues si observas, siempre que los rayos entreverados del sol difunden luces por los lugares oscuros de las casas, a través del aire, verás muchos cuerpos diminutos, a la luz misma del rayo, mezclarse de muchas maneras y, como en una guerra de eternos combates, establecer batallas, como quienes pelean por escuadrones, y no darse tregua, agitados por encuentros y desencuentros constantes, de modo que puedas imaginar, a partir de esto, cómo es que los elementos primordiales se agitan en el inmenso vacío, en la medida en la que

¹⁵⁷ Lucr. II, 62-76.

una cosa pequeña puede ejemplificar y dar una idea de las cosas grandes. Es conveniente también que atiendas estos cuerpos que parecen agitarse, porque tales movimientos agitados de la materia manifiestan que subyacen invisibles y secretos. Verás, en efecto, allí, que muchos [cuerpos] movidos por golpes ciegos cambian de vía y nuevamente rechazados regresan ahora hacia aquí, ahora hacia allá, por todas partes.

La ilustración que Lucrecio hace del movimiento de los átomos, analogándolos con las partículas de polvo que vemos cuando un rayo de luz penetra por la ventana, forma parte de una tradición descriptiva que se le atribuía ya al atomismo tradicional;¹⁵⁸ sin embargo, el detallado tratamiento poético que el poeta hace de esta analogía, refuerza y clarifica uno de los puntos nodales del complejo entramado físico del epicureísmo. La descripción de estas partículas de polvo en el aire es mejorada por la aliteración y el ilustrativo ordenamiento de las palabras (II, 116-7; 129-31). Ambos desarrollos estilísticos contribuyen a la claridad de la imagen: las aliteraciones subrayan la multitud de partículas (*multa minuta modis multis* v. 116) y su movimiento de aquí para allá (*commutare viam retroque repulsa reverti nunc huc nunc illuc* vv. 130-131), mientras que la separación sustantivo-adjetivo (*multa videbis enim plagis ibi percita caecis* v.129) ilustra el estado alterado de las partículas. Lucrecio, pues, al moldear de tal manera su lenguaje, transforma las imágenes poéticas en parte de su argumento, asegurándose así que en su mensaje no quepa lugar a la incomprensión o a la confusión.¹⁵⁹

¹⁵⁸ Cf. Bailey, vol. II, p. 821, quien dice que Aristóteles en *De Anima*, I. 2. 404 atribuye esta descripción a Leucipo y a Demócrito: οἷον ἐν τῷ ἀέρι τὰ καλούμενα ξύσματα ἃ φαίνεται ἐν ταῖς διὰ τῶν θυρίδων ἀκτίσιν. Mientras que en Lactancio (*De ira Dei* 10, 9) puede leerse de Leucipo: *haec, inquit, per inane irrequietis motibus volitant et huc atque illuc feruntur, sicut pulveris minutias videmus in sole, cum per fenestram radios ac lumen immiserit.*

¹⁵⁹ Cf. Marković, p. 98.

Entender, pues, el genio poético de Lucrecio significa no permitir que la aridez propia de la filosofía¹⁶⁰ domine sobre la majestuosidad de la poesía. A medida que el poeta nos expone sus razonamientos es posible contemplar el engranaje del mundo, y no, por cierto, de manera desordenada e informe, sino entrelazada lógica y coherentemente. Con su poesía, Lucrecio nos abre las puertas del mundo y nos muestra sus fundamentos a partir de la razón. La puesta en escena de un mundo luminoso se consigue merced a la claridad de la exposición, mientras que las tinieblas de la ignorancia se evaporan; la bóveda celeste se abre por completo a nuestros ojos y la conformación atómica del mundo se clarifica.¹⁶¹

Así, aunque parezca que Lucrecio se aleja y contradice a su maestro al escribir en verso, lo que realmente está haciendo es conquistar nuevas provincias, las de los sentidos, y liberarlas del yugo de la superstición y de los miedos inútiles.¹⁶² La poesía de Lucrecio conquista la parte irracional del alma mediante sus imágenes; aquello que, en la exposición de su maestro, se presenta con un rostro árido y demacrado, en la exposición del poeta recibe rubor y vida. El poeta supo entender que los hombres no somos sólo razón y que nuestras mentes, la mayoría de las veces, son conmovidas, primero, por el impulso de nuestras almas, por el de nuestras emociones. Se le hizo indispensable entonces tender puentes entre la doctrina racional del maestro y la irracional fuerza sensitiva de los discípulos.

¹⁶⁰ Me refiero aquí, de manera específica, a la prosa filosófica de Epicuro, cuyos tecnicismos, en ocasiones, hacían su lectura pesada y su mensaje incomprensible. Cf. D. L. X, 9.

¹⁶¹ Boyancé, 1963, p. 314: "Ce qu'on peut dire justement, c'est que Lucrèce, parce qu'il a revécu profondément cette doctrine, avec sa sensibilité et son imagination propres, nous en fait ressortir des possibilités que le Maître lui-même n'avait pas démelées à ce point. On pourrait dire que ce que Lucrèce ajoute à la sagesse de son maître, c'est l'expérience par laquelle il l'illustre et la revit."

¹⁶² Ibid, p. 315: "Lucrèce a compris que la vérité de la doctrine ne perdait rien à mettre à son service les prestiges de l'imagination et du cœur. Bien au contraire, elle démontrait par là le primat des sens et de la sensibilité qui était d'elle-même partie intégrante."

De esta manera, si Lucrecio estableció todas estas comparaciones y pudo extraer metáforas del accionar mismo de la naturaleza, es porque el mundo y las palabras mediante las cuales el poema lo representa obedecen a las mismas leyes naturales que mueven todo. Todo es parte de la misma danza de átomos a través del vacío infinito:

*quin etiam passim nostris in versibus ipsis
multa elementa videbis multis communia verbis,
cum tamen inter se versus ac verba necessest
confiteare et re et sonitu distare sonanti.
tantum elementa queunt permutato ordine solo.
at rerum quae sunt primordia, plura adhibere
possunt unde queant variae res quaeque creari. (I, 823-829)*

Más aún, por doquier en nuestros mismos versos, verás muchas letras comunes a muchas palabras, aunque, pese a ello, es necesario que reconozcas que versos y palabras son divergentes entre sí por el sentido y por el sonido que emiten. Tanto pueden las letras con un simple cambio de orden. Pero los que son los principios de las cosas pueden tener mucho más, a partir de lo cual pueden crear diversas cosas.

Estos versos, además de explicar al discípulo-lector que los átomos se combinan a semejanza de las letras del alfabeto para, de la misma manera que éstas crean palabras y conceptos, crear la vida, funcionan como un recordatorio de que el poema no es mera escritura, no sólo un simple conjunto de letras que significan algo, sino que es, ante todo, una escritura poética que requiere cuidado y dedicación al elegir las palabras y los sonidos que éstas producen. Lo mismo que un número finito, aunque innumerable, de átomos se junta para producir una cantidad diversa de cosas y especies, así también las letras del poema se juntan para expresar el mensaje epicúreo con el añadido de que éstas están delimitadas por la estructura del metro épico. La escritura poética de este mensaje necesita,

entonces, de una atención especial, por ejemplo, en la construcción de un hexámetro dactílico o de un hexámetro espondeico, de los encabalgamientos y de las aliteraciones.¹⁶³ El sonido que provocan estas aliteraciones hace evidente la realidad física de las palabras. No es que sonidos y palabras estén pensados como átomos, sino que son en sí mismos átomos que componen y significan nuestra realidad. Como bien lo dice Alessandro Schiessaro:

The process of reading and understanding consists, therefore, in a process of producing in the mind a series of images suggested by the words, and relating to them in the same way as we relate to outside visible objects. In this same, a string of words becomes indeed a string of material objects; letters and words are no longer just as a *analogon* of the way in which atoms organize themselves into specific *concilia*, but, in so far as each word is intrinsically connected with the atomic *concilium* it suggest to the mind, they share the same material qualities of the atoms. They are no just *like* atoms, they are, in more than one sense, atoms themselves.¹⁶⁴

En efecto, Lucrecio era consciente del carácter físico de las imágenes que creaba con su poema y, por eso, supo entrelazar el trabajo poético con el filosófico haciendo resaltar el fin común que ambas disciplinas persiguen.¹⁶⁵ Su texto es una demostración científica y no sólo una figura poética de su comprensión del universo.

Aunque es verdad que el fundamento de la exposición del *De rerum natura* es el epicureísmo, Lucrecio no fue un fundamentalista radical. Ha sabido tomar de aquí y allá, ideas, términos y conceptos que, gracias a su gran genio poético, supo adaptar de manera

¹⁶³ Cf. Bailey, *Prol.*, V-VII, pp. 73-171.

¹⁶⁴ Schiessaro, p. 89.

¹⁶⁵ Cf. Dalzell, p. 63.

literaria a su poema.¹⁶⁶ En el poema de Lucrecio ha desaparecido la añeja querella entre poesía y filosofía,¹⁶⁷ cuando el poeta reconoce que, en efecto, hay una poesía que pretende dar una explicación de lo real a través del mito y lo irracional, y otra, la suya, que pretende explicar el mundo desde una perspectiva poética de la realidad objetiva. Lucrecio opone a la poesía mitológica la poesía basada en la *vera ratio* epicúrea expuesta en su poema, para demostrar que la poesía, si no se aleja de su objetivo principal, a saber, la búsqueda de la verdad, puede incluso servirse de elementos mitológicos, en una evidente oposición funcional.¹⁶⁸

Como ejemplo, conviene decir que Lucrecio tomó elementos de los cultos orgiásticos de Cibeles y de la poesía mitológica de los griegos para causar la admiración, el horror y la obediencia de los hombres a la vista de la doctrina que éstas promovían.¹⁶⁹ Estos motivos religiosos contribuyeron a la tarea *psicagógica*¹⁷⁰ de la poesía lucreciana, pues el efecto que ambas pretendían generar en el lector era el mismo: el culto religioso y la poesía conseguían el mismo efecto representando el mensaje de sus doctrinas mediante hechos expresados por un lenguaje simbólico que embellece el resplandor de la ceremonia o el esplendor de las formas verbales.¹⁷¹

¹⁶⁶ Cf. Traglia, p. 154-152. El estudioso David Sedley, por otro lado, ha querido ver, en la formación espiritual y literaria de Lucrecio para la inspiración de su poema, sólo dos influencias: Empédocles, del que Lucrecio abrevaría en términos poéticos, y Epicuro, del que abrevaría en términos filosóficos. Cf. Sedley, pp. 91-94.

¹⁶⁷ Cf. Pl. *Rep.* 606-607.

¹⁶⁸ Cf. Schrijvers, 1970 p. 74.

¹⁶⁹ Cf. Lucr. II, 600-660.

¹⁷⁰ Schrijvers, 1968, p. 370: “Par ‘éléments psychagogiques’ on peut entendre l’ensemble des moyens par lesquels, dans le *De rerum natura*, Lucrèce s’efforce de gagner le lecteur au message d’Épicure. [...] ‘Psychagogique’ veut dire: appartenant au système de direction de conscience et d’indoctrination méthodiques que le stoïcisme et l’epicurisme tous les deux ont développé pour se faire des disciples et pour les indoctriner.”

¹⁷¹ Cf. Schrijvers, 1970 p. 75.

Por ejemplo, cuando Lucrecio en el libro V habla de la lucha constante de los opuestos¹⁷² como la última causante de la destrucción del mundo si no existe un balance o equilibrio entre cada elemento,¹⁷³ el poeta pasa de un argumento técnico a uno mucho más comprensible, como lo fue el mito de Faetón para ejemplificar lo que sucedería si uno de los elementos, en este caso el fuego, prevaleciera sobre todos los demás:

*ignis enim superat et lambens multa perussit,
avia cum Phaetonta rapax vis solis equorum
aethere raptavit toto terrasque per omnis.
at pater omnipotens ira tum percitus acri
magnanimum Phaetonta repenti fulminis ictu
deturbavit equis in terram, Solque cadenti
obvius aeternam suscepit lampada mundi
disiectosque redegit equos iunxitque tremantis,
inde suum per iter recreavit cuncta gubernans,
scilicet ut veteres Graium cecinere poetae.
quod procul a vera nimis est ratione repulsum.
ignis enim superare potest ubi materiai
ex infinito sunt corpora plura coorta;
inde cadunt vires aliqua ratione revictae,
aut pereunt res exustae torrentibus auris. (V, 394-410)*

En efecto, el fuego venció y abrasó sus sendas, devorándolo todo, cuando la voraz fuerza de los caballos del sol arrastró a Faetón a través del éter todo y por sobre todas las tierras. Pero el padre omnipotente, entonces, agitado por una aguda ira, precipitó desde sus caballos hacia la tierra, con un repentino golpe de su rayo, al magnánimo Faetón, y el Sol, saliendo al encuentro del que caía recuperó la eterna lámpara del mundo, sometió a los caballos esparcidos y los unció aún temblorosos, y así rigiéndolo todo los restituyó a su senda. Es así como lo cantaron los antiguos poetas griegos, lo que está bastante alejado de la razón verdadera: el fuego, en efecto, puede prevalecer cuando del infinito surgen muchos cuerpos de esta materia; después, [sin embargo] sus fuerzas decaen, vencidas por alguna razón, o las cosas parecen consumidas por auras abrasadoras.

¹⁷² La idea de la ‘lucha de los opuestos’, por ejemplo frío y calor o la aridez y la humedad, proviene en principio de Anaxímenes y cobra una importancia mayor en Empédocles que selecciona los ‘cuatro elementos’ como la base que constituye al mundo e introduce el ‘Amor’ y el ‘Odio’ como los principios regentes. Cf. Bailey, 1964, pp. 9-27.

¹⁷³ Lucr. V, 380-395.

El mito de Faetón era un mito sumamente popular entre los poetas griegos y latinos. Esquilo, por ejemplo, escribió una obra a la que tituló *Heliades*, mientras que Eurípides escribió otra bajo el nombre de *Phaeton*. También los poetas alejandrinos se sirvieron con frecuencia de este mito para sus poesías.¹⁷⁴ Ovidio, entre los romanos, fue, quizá, el que con más vehemencia utilizó el mito.¹⁷⁵ Sería difícil afirmar con toda seguridad si Lucrecio pensaba en esta tradición del mito al escribir sus versos; sin embargo, lo que no pasaba inadvertido a Lucrecio era la fuerza que este relato mitológico había cobrado en el imaginario de su pueblo. Era consciente de que buena parte de los romanos tenía en mente la historia del hijo rebelde de Zeus y se sirvió de ello para profundizar en su explicación racional. El mito le servía, paradójicamente, como la mejor desmitificación de un suceso natural.¹⁷⁶ Lucrecio utilizó retóricamente el poder de los mitos y lo puso al servicio de la filosofía epicúrea. No pretendía desde luego dar una explicación religiosa de la naturaleza de las cosas, sino evitar la *religio scelerosa et impia* (I, 83) al yuxtaponer los relatos mitológicos a la descripción literaria de cosas y acontecimientos verdaderos, es decir, a la verdadera naturaleza de los fenómenos que representa en su poema.¹⁷⁷

La poesía de Lucrecio, entonces, permite acceder al verdadero conocimiento por un camino distinto al que la filosofía había tomado tradicionalmente; no sólo mediante la reflexión y la inquisición de los procesos naturales, sino también, mediante la fuerza de la expresión poética. El papel de la poesía lucreciana es ilustrativo, más que descriptivo, pues no sólo retrata una realidad sino que la ilumina. Recurre al famoso mito de Faetón, como al

¹⁷⁴ Cf. Bailey, vol III, p. 1377.

¹⁷⁵ Cf. *Ov. Met.*, II, 1-400.

¹⁷⁶ Mae Gruber, p. 144: "Lucretius' use of myth is further complicated by the fact that he is expounding a philosophy which entirely rejects the traditional view of the gods as portrayed in mythology. The manner in which Lucretius uses these stories, however, must be carefully analyzed. Lucretius uses mythological characters and stories to symbolize aspects of Epicurean philosophy, and not as expressions of religious truth."

¹⁷⁷ Cf. Gale, 1994, p. 31.

de la madre Tierra,¹⁷⁸ para atraer la atención de su lector y, quizá, para brindarle también un breve descanso de la compleja y abundante argumentación de su tema, que le permitiera, después, tras rechazar la explicación mítica, conducirlo de nuevo a la explicación racional de los fenómenos naturales, de la composición del alma, de los miedos y de las preocupaciones, en fin, de la filosofía epicúrea.

Como puede verse por lo anterior, la estructura del discurso poético de Lucrecio está diseñada para ir dilucidando la verdad ética y científica del pensamiento epicúreo para los novicios y educandos. Avanzando desde las causas a los efectos, y desde los principios elementales a las explicaciones particulares, Lucrecio basa su recuento del universo y de sus causas en una abundante secuencia narrativa en que todos los elementos lingüísticos poseen una función determinada y encaminada a la abolición de los temores infundados.¹⁷⁹ Su fuerte compromiso con los principios liberadores de la doctrina trasciende la mera divulgación. De aquí se desprende que el poema lucreciano termina siendo, también, una respuesta a la miseria de su tiempo y una implacable crítica de la mediocridad, de la avaricia y de la irracionalidad.¹⁸⁰

Así, al entender el carácter liberador de la doctrina, Lucrecio nos presentó la filosofía epicúrea, la *vera ratio*, como el único y más efectivo medio para escapar de las cadenas de la superstición que impedían que el hombre romano viviera de manera tranquila y placentera. Este ejercicio que miraba hacia adentro del alma misma y pretendía curarla de sus males, conducía, siendo guía la poesía, al camino del reconocimiento del individuo

¹⁷⁸ Cf. Lucr. II, 600-660.

¹⁷⁹ Cf. Markovic, p. 57.

¹⁸⁰ Cousin, p. 58: "Son poème est une reaction contre tous les mysticismes; le religieux, qui est à son regard une aberration nocive; le politique, qui trouble les repos necessaire au bonheur du sage; le poétique, qui enfante des fantasies enervantes; le scientifique, qui donne une fausse explication du monde et des dieux. Réaction rationaliste -reaction de sens profondément latin-, qui ne va pas sans difficultés ni contradictions internes."

como un ente autónomo capaz de encontrar la verdad a partir de sus propias reflexiones. Sólo la razón liberaría al hombre de todas las ataduras y de las erróneas suposiciones que habían nacido de la falsa religión sobre la creación y la destrucción del mundo:

*qua prius aggrediar quam de re fundere fata
sanctius et multo certa ratione magis quam
Pythia quae tripode a Phoebi lauroque profatur,
multa tibi expediam doctis solacia dictis;
religione refrenatus ne forte rearis
terras et solem et caelum, mare sidera lunam,
corpore divino debere aeterna manere,
proptereaque putes ritu par esse Gigantum
pendere eos poenas immani pro scelere omnis
qui ratione sua disturbent moenia mundi
praeclarumque velint caeli restinguere solem
immortalia mortali sermone notantes;
quae procul usque adeo divino a numine distent,
inque deum numero quae sint indigna videri,
notitiam potius praebere ut posse putentur
quid sit vitali motu sensuque remotum. (V, 110-125)*

Antes de que comience yo a cantar los destinos de este asunto de manera más santa y con una razón más certera que la Pitonisa, que predica desde el trípode y el laurel de Febo, te procuraré muchos alivios con [mis] doctas palabras, no sea que, reprimido por la superstición, pienses que las tierras, el sol y el cielo, el mar, los astros y la luna deben permanecer eternos, gracias a su cuerpo divino, y pienses por ello que es justo que, al modo de los Gigantes, reciban [sus] castigos, por su desmesurado pecado, todos aquellos que con su razón remuevan las murallas del mundo y pretendan apagar el sol preclaro del cielo, hablando de cosas inmortales con discurso mortal. Tales cosas tan lejos están de la voluntad divina, y tan poco dignas son de contarse en el número de los dioses, que deben pensarse, más bien, como las que pueden dar[nos] noticia de aquello que está privado de un vital movimiento y de sentido.

El afán liberador, o por llamarlo de alguna manera, atarácico, tranquilizador, en la poesía de Lucrecio adquiere, además, un carácter consolador, merced a la dulzura y a la doctrina de sus palabras (*multa tibi expediam doctis solacia dictis*, v. 113). Ésta no combate contra

la idea de la divinidad en sí misma, sino contra la irracionalidad de los miedos que ella provoca. No se trata ni en Lucrecio ni en Epicuro, de anular la existencia de los dioses, sino de que, una vez liberados del irracional yugo de la superstición, mediante el conocimiento de los fundamentos de la naturaleza, seamos capaces de emular la tranquilidad, la sabiduría y la felicidad que los dioses con su ejemplo nos enseñan (*quae procul usque adeo divino a numine distent / inque deum numero quae sint indigna videri* vv. 122-123).¹⁸¹ Lo que la poesía de Lucrecio intenta, es dar a sus discípulos las herramientas necesarias que les permitan liberarse por sí mismos de sus miedos y de sus condicionamientos intelectuales.

De allí que para Lucrecio el quehacer poético haya sido uno de los componentes más altos y más nobles de la humanidad, como lo hizo patente en el proemio del libro V, en que se preguntó, no sin cierto dejo de ironía retórica, si acaso alguien podría igualar con un verso los descubrimientos filosóficos de su mentor:

*Quis potis est dignum pollenti pectore carmen
condere pro rerum maiestate hisque repertis?
quisve valet verbis tantum qui fingere laudes
pro meritis eius possit qui talia nobis
pectore parta suo quaesitaque praemia liquit?
nemo, ut opinor, erit mortali corpore cretus.
nam si, ut ipsa petit maiestas cognita rerum,
dicendum est, deus ille fuit, deus, inclute Memmi,
qui princeps vitae rationem invenit eamque quae
nunc appellatur sapientia, quique per artem
fluctibus e tantis vitam tantisque tenebris
in tam tranquillo et tam clara luce locavit. (V, 1-12)*

¿Quién es capaz, con avezado pecho, de escribir un poema digno de la majestuosidad de la filosofía y los descubrimientos [de Epicuro]? ¿Quién puede sólo con palabras alabar los méritos de quien tales dones y descubrimientos, originados en su alma, nos legó? Nadie, en mi opinión, que habite un cuerpo mortal. Pues hay que decir, como lo requiere la grandeza misma de sus hazañas, que él fue un dios, inclito Memio, un dios; el primero en encontrar la manera de

¹⁸¹ Cf. Epic. *ad Moen.*, § 123; Lucr. V, 145 y ss.

vivir que hoy conocemos como sabiduría y quien de las más oscuras tinieblas y de las más grande perturbaciones colocó la vida en un lugar tranquilo y luminoso.

La pregunta retórica de Lucrecio (*quis potis est dignum pollenti pectore dignum condere*, v. 1) apunta, obviamente, a su propio genio poético, que se presenta como el único capaz de fundar un poema en que la sabiduría de Epicuro quede plasmada. De nuevo, la contraposición entre la obscuridad y la luz (*fluctibus e tantis vitam tantisque tenebris/ in tam tranquillo et tam clara luce locavit*, vv. 11-12) ahora aplicada explícitamente a las enseñanzas de su maestro, sirve al poeta para equiparar su labor poética con su quehacer filosófico. Desde el punto de vista del poeta, la *vera ratio* y el *carmen dignum* son las vías más adecuadas para poder evitar la turbación de la mente y la intranquilidad del alma. Poesía y filosofía, pues, son las únicas que pueden acercarnos a la tranquilidad propia del sabio y a la beatitud de los dioses, y nada lo hace más patente que el *De rerum natura*. Una y otra disciplina actúa en función de los requerimientos de su compañera: la filosofía recurre a la claridad de la poesía y a su fuerza persuasiva y expresiva, mientras que la poesía recurre a la profundidad y al raciocinio de la filosofía.

Así pues, podemos decir con Kenney,¹⁸² que no hay ociosidad en los versos de Lucrecio. El de Lucrecio no es un arte con que el poeta pretenda vanagloriarse de su erudición, o no sólo, sino sobre todo, es un arte que salta de inmediato a los ojos del lector por su inquebrantable compromiso con la verdad de su doctrina, con la claridad de su exposición y con la fidelidad que Lucrecio profesa a su maestro y a su propia naturaleza

¹⁸² Cf. Kenney, p. 301.

poética. Como lo señala Sellar en su indispensable estudio sobre la poesía de la República romana, la poesía lucreciana:

It is rather a reflection than a picture of outward nature which we find in Lucretius. He does not select and combine his materials with the purpose of satisfying the imagination with some perfect landscape, or some features of exceptional grace of beauty; but he seises and reproduces the most vital and impressive characteristic of some actual phase of nature. [...] Every separate description in the poem possesses the charms of freshness and faithfulness, and of relevance to great ideas of this philosophy.¹⁸³

¿Puede llevarnos esto, por el contrario, a pensar que la intensidad y la fuerza de la poesía lucreciana, a veces marcada con un dejo de melancolía y desazón, es contradictoria con los fines perseguidos por Epicuro, es decir, el placer, la tranquilidad y la liberación?¹⁸⁴ Desde luego que no. Lo que hay, más bien, es una oposición dialéctica, como la llama Herman Schrijvers, entre una y otra. Oposición con la que el poeta pretende ganarse la atención del lector, en primer lugar, para después conducirlo por sus vericuetos persuasivos hasta la aceptación de la verdad epicúrea. Como bien apunta el estudioso holandés:

¹⁸³ Sellar, pp. 327-329.

¹⁸⁴ Cf. Algunos estudiosos como Pirelli y Giancotti han sugerido que el tono desolador y la amargura de muchos de los versos del *De rerum natura* es un signo evidente de la contradicción anímica y de las dudas que el poeta mantenía con respecto a su doctrina, haciendo eco de una vieja tradición comenzada por un médico francés que, mediante un análisis de la poesía lucreciana, pretendía establecer, de manera clínica, la personalidad maniaco-depresiva de Lucrecio. Cf. Onfray, pp.249-250. ¹⁸⁵Cf. Lucr. III, 1-3; V, 8-12, 17. Para este principio dialéctico que se encuentra en la poesía lucreciana, cf. W. Schmit, *Lukrez und der Wandel seines Bilder*, Ant. Und Abendl 2, 1946, p. 200: “Er (Lukrez) schildert die Afekte, Leidenschaften und Wahnvorstellungen des empirischen Individuums, damit vor diesem dunkeln Hintergrund die befreiende Botschaft desto leuchtender erstrahle.” Citado en Schrijvers, p. 55; Cf. etiam Giancotti, p. 17.

Ce que Lucrèce s'efforce d'atteindre par son poème, c'est d'inspirer de l'étonnement et de l'admiration à l'égard d'une doctrine qui cherche à supprimer ces mêmes sentiments dans l'homme: *mirari 'nil mirari'*. Le lecteur admirera pleinement la suppression de ces sentiments après avoir subi, grâce à la poésie lucrétienne, le *fascinans* et le *tremendum* des merveilles du monde dans tout leur grandeur. Une opposition dialectique se trouve à la base de l'activité poétique de Lucrèce. À force de montrer la violence déchaînée de la mer, le poète éveille dans l'esprit du lecteur le désir d'arriver au port du salut. Pour lui faire apprécier la lumière, il lui fait faire l'expérience des ténèbres.

Muchas veces a lo largo de su poema Lucrecio hace mención de esta oposición dialéctica. Por ejemplo en el famoso elogio que Lucrecio hace de la filosofía epicúrea,¹⁸⁵ el desasosiego y la turbación se contraponen a la tranquilidad y al placer epicúreos:

*Suave mari magno turbantibus aequora ventis,
e terra magnum alterius spectare laborem;
non quia vexari quemquamst iucunda voluptas,
sed quibus ipse malis careas quia cernere suave est.
suave etiam belli certamina magna tueri
per campos instructa tua sine parte pericli
sed nil dulcius est bene quam munita tenere
edita doctrina sapientium templa serena,
despicere unde queas alios passimque videre
errare atque viam palantis quaerere vitae,
certare ingenio, contendere nobilitate,
noctes atque dies niti praestante labore
ad summas emergere opes rerumque potiri.
o miseras hominum mentis, o pectora caeca!
qualibus in tenebris vitae quantisque periclis
degitur hoc aevi quodcumquest! nonne videre
nil aliud sibi naturam latrare, nisi utqui
corpore seiunctus dolor absit, mente fruatur
iucundo sensu cura semota metuque?(II, 1-19)*

¹⁸⁵Cf. Lucr. III, 1-3; V, 8-12, 17. Para este principio dialéctico que se encuentra en la poesía lucreciana, cf. W. Schmit, *Lukrez und der Wandel seines Bilder*, Ant. Und Abendl 2, 1946, p. 200: "Er (Lukrez) schildert die Afekte, Leidenschaften und Wahnvorstellungen des empirischen Individuums, damit vor diesem dunkeln Hintergrund die befreiende Botschaft desto leuchtender erstrahle." Citado en Schrijvers, p. 55; Cf. etiam Giancotti, p. 17.

Es grato contemplar, desde la tierra, el esfuerzo colosal de otro mientras los vientos agitan, bulliciosos, el mar profundo; no porque exista un regocijo placentero al ver que uno es atormentado, sino porque es grato percibir que tú mismo estás privado de tales males. Es grato también presenciar, sin tomar parte en el peligro, las descomunales batallas dispuestas a lo largo de los campos de guerra. Pero nada es más grato que poseer una alta atalaya serena cercada por la doctrina de los sabios, desde donde puedas ver a otros vagar por doquier y buscar, desorientados, el camino de la vida, rivalizar en ingenio, contender por nobleza, esforzarse días y noches con extraordinario empeño por alcanzar las más elevadas riquezas y apoderarse de todo. ¡Oh, miserables mentes humanas! ¡Oh, ciegos pechos! ¡En qué obscuridad y en cuán grandes peligros transcurre todo este tiempo de vida! ¿No es visible acaso que la naturaleza nada más pide para sí, sino que el dolor, alejado del cuerpo, no exista, y que la mente, abolidos la perturbación y el miedo, goce de un estado feliz?

En estos versos, hay un vínculo entre el placer epicúreo y el placer de la poética lucreciana, vínculo que explica la decisión de Lucrecio por transmitir la doctrina epicúrea en verso. Nada es más dulce, nos dice el poeta, que poseer un refugio alto, alejado del bullicio y protegido además por las infranqueables murallas de la sabiduría (*sed nil dulcius est, bene quam munita tenere/ edita doctrina sapientum templa serena*, vv. 6-7). Después de referir la suavidad y el placer que otorga una vida sin turbaciones, Lucrecio utiliza el comparativo *dulcius* para referirse a los lugares en donde moran los sabios, es decir, a la sabiduría, a la filosofía.

La estudiosa de Lucrecio, K. Volk, llama a esto la ‘poética del placer’. Esta ‘poética del placer’ dice, “is able to explain what is perhaps the most important aspect of the interaction of poetry and philosophy in *De rerum natura*.”¹⁸⁶ Al asociar el placer de la poesía con el placer y la tranquilidad que otorga la filosofía epicúrea, Lucrecio engrandece

¹⁸⁶ Volk, p. 96.

el valor filosófico de la poesía y manifiesta, nuevamente, el interés libertario y sanador de ambas disciplinas.¹⁸⁷

El placer otorgado por la poesía de Lucrecio tiene el poder de convencer a los lectores sobre la verdad de los postulados epicúreos y destaca su funcionamiento conjunto. La de Lucrecio es, pues, una poética de la liberación y del placer, que busca con sus versos exponer, por una parte, la filosofía de su maestro, y, por la otra, igualar el papel de la poesía con el de la filosofía. Ambas, para Lucrecio, persiguen el mismo fin, aunque para conseguirlo caminen senderos diferentes. Para decirlo con Mae Gruber, “through the connection of poetic pleasure and philosophic pleasure inherent in Epicureanism, Lucretius entwines his philosophical and poetic projects together.”¹⁸⁸

¹⁸⁷ Cf. Mae Gruber, p. 189.

¹⁸⁸ Ibid, p. 190.

CONCLUSIONES

Como he tratado de mostrar en las páginas anteriores, la poesía de Lucrecio trasciende el mero hecho ornamental en la exposición de la filosofía epicúrea. Todas las figuras y juegos lingüísticos que componen el cuerpo del poema y que le dan vida y frescura, lo mismo que desazón e incertidumbre, tienen como objetivo principal disolver los prejuicios del hombre romano y del lector en general, para después abrirle el paso a la verdad de la doctrina epicúrea, que es, a su vez, un mensaje soteriológico y curativo.

Lucrecio supo entender muy bien los fines y los objetivos planteados por Epicuro y actuó en consecuencia. La sensibilidad anímica, propia de todos los buenos poetas, le hizo percibir ciertas deficiencias expresivas en la exposición doctrinaria del epicureísmo y se dio a la tarea de subsanarlas, para lo que le sirvió la suavidad y la dulzura propias de la poesía. Sin embargo, para el poeta no se trataba, desde mi punto de vista, sólo de suavizar o endulzar el mensaje epicúreo, sino de contribuir de manera decisiva a la realización del *summum bonum*, a saber, la tranquilidad del ánimo, es decir, la libertad espiritual. Todos y cada uno de los recursos lingüísticos y retóricos que el poeta utilizó en su poema están encaminados a conseguir este fin. De esta manera, no es ya sólo la filosofía la que libera las almas y las mentes de los hombres, sino también la poesía. Ambas cumplen ciertas funciones específicas en la realización de este objetivo.

En efecto, el *De rerum natura* es la exposición, fundamentalmente física y realista, de la filosofía epicúrea. Para Lucrecio, lo mismo que para Epicuro, todo tiene su principio y su final en la existencia material de los átomos y el vacío. El universo en su conjunto le debe lo que *es* a estas dos naturalezas sublimes. No son los dioses beatos ni las supersticiones humanas los responsables de la creación y la destrucción de las cosas sino la

materialidad de los átomos, sus combinaciones, sus encuentros y desencuentros, su armónica y caprichosa danza a través del vacío. Sin embargo, la materialidad abstracta e invisible de átomos y vacío se hubiera quedado sólo en eso sin la efervecencia, casi religiosa, de los versos de Lucrecio. En el poema lucreciano estas dos naturalezas se hacen visibles y se clarifican, mientras que las ideas liberadoras, planteadas por Epicuro, toman cuerpo, se desarrollan, crecen. Adquieren una impresionante fuerza persuasiva que, a su vez es el motor de una profunda reflexión filosófica.

El poema de Lucrecio combina el quehacer poético con el filosófico y los entrelaza de tal manera que no pueden funcionar a cabalidad el uno sin el otro. La relación implícita entre alma y poesía facilitan que el proyecto liberador del epicureísmo y de Lucrecio influya mucho más efectivamente en la mente de sus lectores, pues sólo mediante el aprendizaje cotidiano y la puesta en práctica de los postulados epicúreos, el alma, la mente y el cuerpo del discípulo podrán encontrar la tranquilidad, la felicidad y la libertad individual. La poesía lucreciana es, pues, la puesta en práctica de los preceptos de su maestro no sólo porque, al elegirla como método de exposición, Lucrecio muestra su independencia intelectual sin traicionar su doctrina, sino también porque va más allá de la crítica epicúrea contra la palabra artificial al otorgar, mediante su estilo abundante y las constantes repeticiones de los argumentos una fuerza retórica inapreciable y, sobre todo, al dotar la poesía de una función específica, a saber, la apropiación y la profunda asimilación de los postulados filosóficos por parte del discípulo-lector.

Así pues, vemos cómo hay un hilo conductor en el poema, que corre paralelo a la exposición de la doctrina epicúrea y a su fin ético, es decir, el del desarrollo poético como contribución *sine qua non* este noble y elevado fin emancipador del alma no podría alcanzar su realización. En el ejercicio poético de Lucrecio hay una suerte de progreso

poético que comienza con una plegaria a Venus y con una amarga querrela contra la pobreza de la lengua, y culmina con un elogio de su poesía y de su magna empresa. El poeta sabe que ha vencido la *egestas linguae* de la que tanto se lamentaba al principio de la obra *denique natura haec rerum ratioque repertast / nuper, et hanc primus cum primis ipse repertus / nunc ego sum in patrias qui possim vertere voces*. (“En fin, han sido descubiertas la naturaleza y la razón de las cosas, y puesto que en principio fui yo el primero en develarlas, ahora soy yo [también] el primero que ha podido adaptarlas a la lengua patria.” V, 335-337).

La poesía verdadera, según el poeta, no promueve las bajas pasiones ni conduce al hombre a la intranquilidad o al temor religioso; por el contrario, lo mismo que la filosofía, persigue la verdad mediante la dilucidación de conceptos oscuros que no es posible explicar con la fría lógica de la prosa filosófica de Epicuro. La poesía de Lucrecio, que es una poesía verdadera y que aspira a la verdad, hace reflexionar al hombre, a partir de la fuerza de su palabra, y abre canales perceptivos y comunicativos con los que el hombre puede más fácilmente reconocer los esfuerzos soteriológicos de la filosofía.

Es conveniente decir, entonces, que Lucrecio no sólo mostró que era posible reconciliar la poesía con la doctrina epicúrea mucho más profundamente de lo que lo hizo Filodemo; no sólo engrandeció de una manera más efectiva la lengua épica utilizada por Enio, respetando en lo general la tradición romana ya establecida; no sólo continuó la realización de la poesía nacional latina, sino que probó también que la expresión poética podía dejar de ser un juego (en el sentido en el que lo entendía, por ejemplo, Catulo) para referirse a las aspiraciones esenciales de la vida interior. Lucrecio contribuyó a abrir a la poesía un cuarto de ecos, y paralelamente a Catulo, a transformarla en un instrumento al servicio de la consciencia más secreta, de la verdad y de la libertad. De aquí la importancia

del vocabulario, las metáforas y los símiles, elementos esenciales tanto de la poesía como de la filosofía de Lucrecio, porque hacen ver al lector: ver a través de las tinieblas y aceptar una verdad que en principio podría apesadumbrar. Por lo demás, Lucrecio no esperaba conseguir la gloria, simplemente, por escribir poesía, sino por ser el primero en exponer una materia difícil, de manera inteligible, atractiva y, en consecuencia, efectiva.

Mientras que Epicuro menospreciaba las turbulencias emocionales causadas por la poesía, es esta misma la que permite a Lucrecio realizar la tarea de conmover a su audiencia con el objetivo primario que es la liberación. El universo de Epicuro está delineado en los términos de una prosa árida y demasiado técnica. El universo de Lucrecio, por el contrario, es visto y presentado en y a través de la poesía. Su *ratio* es la que guía a sus lectores a contemplar todo con ojo poético. La poesía de Lucrecio, en fin, libera el alma humana, porque más allá de hacerla reflexionar sobre los fenómenos naturales que constituyen la realidad (como en efecto lo hace) la desencadena de los prejuicios lingüísticos y emocionales y hace de todo lo dicho una conquista del alma y del lenguaje.

BIBLIOGRAFÍA

Ediciones y Comentarios

LUCRETIUS, *De Rerum Natura Libri Sex*, vol. III. Edited, with Prolegomena, critical apparatus, translation and commentary by Cyril Bailey, Oxford at the Clarendon Press, New York, 2001.

LUCRETIUS, *De Rerum Natura Libri Sex*, edited, with a Translation and Notes by H. A. J. Munro, Cambridge University Press, New York, 2009.

LUCRÈCE, *De la Nature*, texte établi et traduit par Alfred Ernout, Les Belles Lettres, Paris, 1993.

LUCRETIUS, *De rerum natura*, edited by William Ellery Leonard and Stanley Barney Smith, The University of Wisconsin Press, Wisconsin, 1970.

Estudios

ALBRECHT, VON M., *Historia de la Literatura romana*, vol. I, Herder, trad. Dulce Estefanía y Andrés Pociña Pérez, Barcelona, 1997.

ARISTÓTELES, *Poética*, intr., version y notas de Juan David García Bacca, Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana, UNAM, México, 2011.

BAILEY, C., *The Greek Atomists and Epicurus*, Russel & Russell, New York, 1928.

BARTALUCCI, A., “Lucrezio e la Retorica” en *Studi classici in onore di Quinto Cataudella*, Catania, 1972, pp. 45-83.

- BICKEL, E., *Historia de la literatura romana*, trad. de José Ma. Díaz-López, Gredos, Madrid, 1987.
- BIGNONE, E., *L'Aristotele perduto e la formazione filosofica di Epicuro*, La Nuova Italia, Firenze, 1936.
- BONIFAZ, R., *El amor y la Cólera. Cayo Valerio Catulo*, Cuadernos del Centro de Estudios Clásicos, UNAM, Ciudad Universitaria, México, 1977.
- BOWRA, C., M., *Introducción a la literatura griega*, Ediciones Guadarrama, Madrid, 1968.
- BOYANCÉ, P., "Lucrece et la Poésie." en *REA: Revue des études anciennes*. Pessac: Université Michel de Montaigne, Maison de l'archéologie, 49, 1947, pp. 88-102.
- _____, "Epicure, la Poésie et la Vénus de Lucrece" en *REA: Revue des études anciennes*. Pessac: Université Michel de Montaigne, Maison de l'archéologie 64, 1962, pp. 404-410.
- _____, *Lucrece et l'épicurisme*, Presses Universitaires de France, Paris, 1963.
- CANFORA, L., *Vita di Lucrezio*, Sellerio editore, Palermo, 1993.
- CAPPELLETI, A. J., *Lucrecio: la filosofía como liberación*, Monte Ávila Editores, Caracas, 1987.
- CATULO, *Cármenes*, intr., versión rítmica y notas de Rubén Bonifáz Nuño, Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana, UNAM, México, 1969.
- CICERO, *Rhetorica*, recognovit brevique adnotatione critica instruxit, A.S. Wilkins, vol. II, Oxonii e typographeo Claredoniano, Oxford, 1983.
- _____, *Epistulae ad Atticum*, pars prior, Libri I-VIII, recognovit brevique adnotatione instruxit, W. S. Watt, Oxonii e typographeo Claredoniano, Oxford, 1978.

- CICERÓN, *De los fines de los bienes y los males*, intr., edición, traducción y notas de Julio Pimentel Álvarez, Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana, UNAM, México, 2002.
- _____, *Sobre la naturaleza de los dioses*, intr., versión y notas de Julio Pimentel Álvarez, Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana, UNAM, México, 1976.
- _____, *Disputas Tusculanas*, intr., versión y notas de Julio Pimentel Álvarez, Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana, UNAM, México, 2008.
- _____, *Discurso en favor del poeta A. Licinio Archias*, intr., traducción y notas de José Moreno de Alba, Serie Didáctica, UNAM, México, 1998.
- _____, *Las paradojas de los estoicos*, intr., trad., y notas de Julio Pimentel Álvarez, Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana, UNAM, México, 2000.
- CLASSEN, J., “Poetry and rhetoric in Lucretius”, en *TAPhA: Transactions of the American Philological Association*. Baltimore (Md.): Johns Hopkins University Pr. 99, 1968, pp. 77-118.
- COMPTE-SPONVILLE, A., *Le Miel et l'absinthe. Poésie et philosophie chez Lucrèce*, Hermann Éditeurs, Paris, 2008.
- COUSIN, J., *Études sur la poésie latine: Nature et mission du poète*, Garland, New York, 1978.
- COX, A. S., “Didactic poetry”, en *Greek and Latin Literature, A Comparative Study*, edited by John Higginbotham, London, Methuen, 1969, pp. 124-161.
- DALZELL, A., *The Criticism of Didactic Poetry. Essays on Lucretius, Virgil and Ovid*, University of Toronto Press, Toronto, 1996.
- DIELS, H., *die Fragmente der Vorsokratiker*, zweite Auflage, Erster Band, Berlin, 1906.

DUDLEY, D. R., *Lucretius*, Studies in Latin Literature and its influence, Routledge & K. Paul, Londres, 1965.

ENIO, *Fragmentos*, trad. Manuel Segura Moreno, Alma Mater, Madrid, 1999.

EWBANK, W. W., *The Poems of Cicero*, Garland Publishing, Inc., New York and London, 1933.

FERRERO, L., *Poetica Nuova in Lucrezio*, La Nuova Italia, Firenze, 1949.

_____, *Un'introduzione a Catullo*, Giappichelli editore, Torino, 1955.

FRIELÄNDER, P., "Pattern of sound and Atomistic theory in Lucretius", en *AJPh: American journal of philology*. Baltimore (Md.): Johns Hopkins University Pr. 62, 1941, pp. 16-34.

FUHRMAN, M., *Literatura Romana*, Gredos, Madrid, 1985.

GALE, M., *Myth and poetry in Lucretius*, Cambridge Classical Studies, Cambridge University Press, Edimburgo, 1994.

_____, *Lucretius and the didactic epic*, Bristol Classical Press, London, 2001.

_____, *Virgil on the Nature of Things. The Georgics, Lucretius and the Didactic Tradition*, Cambridge University Press, London, 2004.

_____, (ed), *Lucretius*, Oxford Readings in Classical Studies, Oxford University Press, New York, 2007.

GARANI, M., *Empedocles Redivivus: Poetry and Analogy in Lucretius*, Routledge, New York, 2007.

GIANCOTTI, F., *L'Ottimismo relativo nel 'de rerum natura' di Lucrezio*, Loescher, Società Editrice Subalpina, Torino, 1975.

GILLESPIE, S., HARDIE, Ph. (eds), *The Cambridge Companion to Lucretius*, Cambridge University Press, New York, 2010.

- GRILLI, A., *Lucrezio*, La Goliardica, Milano, 1970.
- GRIMAL, P., *Diccionario de Mitología Griega y Romana*, Paidós, Barcelona, 1981.
- _____, *Cicéron*, Presses Universitaires de France, Paris, 1984.
- _____, *Los extravíos de la libertad*, Gedisa, Barcelona, 1989.
- GUAL, G. C., ACOSTA, E., *Ética de Epicuro. La génesis de una moral utilitaria*, Barral Editores, Barcelona, 1974.
- HORATIUS, *Opera*, recognovit brevisque adnotatione critica instruxit Eduardus C. Wickman, curante H. W. Garrod, Londini, apud Galfridum Cumberlege, e Typographeo Claredoniano, 1952.
- KENNEY, E. J., “Doctus Lucretius”, en *Lucretius*, Oxford Readings in Classical Studies, Oxford University Press, New York, 2007, pp. 300-328.
- KÖRTE, A. HÄNDEL, P., *Die hellenistische Dichtung*, Kröner, Leipzig, 1960.
- LEOD, MC. E., “Lucretius’ *Carmen Dignum*”, en *The Classical Journal*, no. 58, 1962-63, pp. 145-156.
- MAE GRUBER, G., *Medium and message in Lucretius’ “honey” analogy*, ProQuest, UMI, 2009.
- MAMMONE, G., *Latinarum Litterarum Historiae*, Carlo Signorelli Editore, Milano, 1951.
- MARCOVIĆ, D., *The Rhetoric of Explanation in Lucretius’ De rerum natura*, Mnemosyne, vol. 294, Brill, Leiden-Boston, 2008.
- MARX, K., *Diferencia entre la filosofía de la naturaleza de Demócrito y Epicuro*, Clásicos Sexto Piso, México, 2004.
- MAS, S., *Sabios y necios. Una aproximación a la filosofía helenística*. Alianza Editorial, Madrid, 2011.

- MERRIL, W. A., "Lucretius and Cicero's Verse", *Classical Philology*, Vol. 5, No. 17, 1921, pp. 143-154.
- MINYARD, J. D. *Mode and value in the De rerum natura. A study in Lucretius metrical language*, University Press, Wiesbaden, 1978.
- NORMAND, E., *Lumière et Ténèbres chez Lucrèce*, McGill University Press, Montreal, 1967.
- ONFRAY, M., *Las sabidurías de la antigüedad. Contrahistoria de la filosofía I*, Anagrama, Barcelona, 2007.
- OVIDIO, *L'arte di amare*, traduzione e cura di Cesare Vivaldi, testo latino a fronte, Tabascali, Roma, 2008.
- PARATORE, E., *La letteratura latina dell'età repubblicana e augustea*, Sansoni-Academia, Milano, 1969.
- PATIN, M., "L'anti Lucrèce chez Lucrèce", en *Etudes sur la poésie latine*, Vol. 1, Paris, 1868, pp. 117-137.
- PIRELLI, L., *Lucrezio, poeta dell'angoscia*, La Nuova Italia editrice, Firenze, 1977.
- PLATÓN, *Las Leyes*, trad. de José Ramón Pabón y Manuel Fernandez-Galiano, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 1999.
- _____, *La República*, trad. de José Ramón Pabón y Manuel Fernandez-Galiano, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 1997.
- PLINY, *Natural History*, with an english traslation in ten volumes, vol. IX, Libri XXXIII-XXXV, by H. Rackham, Harvard University Press, Cambridge, 1952.
- PLUTARCO, *Vidas Paralelas*, tom. IV, intr., trad. y notas de Juan M. Guzmán, Gredos, Madrid, 2007.
- RUMPF, L., "Lukrez und Parmenides", en *Philologus*, 149, 2005, pp. 78-79.

- SALLUSTIO, *Opere Complete*, Tascasbali Bompiani, Milano, 1991.
- SCHIESARO, A., "The palingenesis of *De rerum natura*." en *PCPhS: Proceedings of the Cambridge Philological Society*. Cambridge: Cambridge Philological Society, 40, 1984, pp. 81-107.
- SCHRIJVERS, P., H., *Honor ac divina voluptas. Etudes sur la poétique et la poésie de Lucrèce*, Amsterdam, 1970.
- SEDLEY D., *Lucretius and the Transformation of Greek Wisdom*, London, Cambridge University Press, Cambridge, 2004.
- SELLAR, W. Y., *The Roman Poets of the Republic*, Edmoston & Douglas, Edimburg, 1863.
- SERVIUS, *Servii Gramatici qui feruntur in Vergilii Bucolica et Georgica commentarii*, Vol 3:1, ed. G. Thilo, 1887.
- SETAIOLI, A., "L'analogie et la similitude comme instruments de démonstrations chez Lucrèce", en *Pallas*, vol. 69, 2005, pp. 117-141.
- SNYDER, J. M., *Puns and poetry in Lucretius' de rerum natura*, B.R. Grüner Publishing Co., Amsterdam, 1980.
- SPANGENBERG, C. H., *De Lucreti tropis*, Dissertatio, Marburg, 1881.
- THURY, E. M., "Lucretius' poem as a *simulacrum* of the *rerum natura*," *AJPh: American journal of philology*. Baltimore (Md.): Johns Hopkins University Pr. 108, 1987, pp. 271, 294.
- TRAGLIA, A., *Sulla formazione spirituale di Lucrezio*, Gismondi, Roma, 1948.
- USENER, H., *Epicurea*, Cambridge Universtity Press, Cambridge, 2010.
- VALLAUR, T., *Historia Critica Litterarum Latinarum*, ex Officina Regia, Augustae Taurinorum, 1860.

VERGILIUS, *Opera*, recensuit, commentariolo et indice instruxit Sixtus Colombo, Società Editrice Internazionale, Torino, 1947.

VOLK, K., *The poetics of Latin Didactic: Lucretius, Vergil, Ovid, Manilius*, Oxford University Press, Oxford, 2002.

WASZKIN, J. H., “Lucretius and Poetry”, en *Medelingen der Koninklijke Nederlandse Akademie van Wetenschappen. Afd. Letterkunde*, N. R. 17, no. 8, 1954, pp. 243-257.

WINSPEAR, A. D., *Qué ha dicho verdaderamente Lucrecio*, trad. Natalia Calamai, Doncel, Madrid, 1971.